BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

VIAJE AL FONDO DE LA GALAXIA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



VIAJE AL FONDO DE LA GALAXIA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 409
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 15.786- 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

La puerta de la celda se abrió bruscamente. Dos guardias uniformados aparecieron ante los ojos del prisionero.

Junto con los guardias había un oficial. Este dijo:

—Juan Byden, síganos.

El prisionero no contestó. Harto sabía qué iba a suceder. Iban a leerle la sentencia. No saldría bien librado, se lo imaginaba de sobra, pero tampoco el delito que había cometido era como para que un hombre se pudriese en la cárcel por el resto de sus días. Y en aquella época, una condena a cadena perpetua, por el resto de la vida del reo, significaba exactamente lo que quería decir. No había pena de muerte, pero el condenado no volvía a pisar la calle jamás.

Minutos más tarde, Juan se hallaba en una sala de regulares dimensiones, sobriamente adornada, en la que había un estrado de color negro. Al otro lado, se veía una representación de la Justicia: la clásica matrona, con la espada en una mano y la balanza en otra y los ojos vendados. Bajo la estatua se hallaba el juez Wirtemberg, encargado de su caso.

A la derecha del juez se veía a un individuo de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, de ojos muy claros, pómulos salientes y expresión sardónica. El sujeto vestía un traje de una sola pieza, de color gris oscuro, y llevaba además un manto negro, que pendía negligentemente de su brazo izquierdo. Juan se preguntó cuál sería el papel del individuo en el acto de la lectura de la sentencia.

La voz carrasposa del juez resonó súbitamente:

—Acusado, antes de que dicte sentencia, ¿tiene algo que alegar en su descargo?

Juan hizo un gesto negativo.

—No, Señoría.

—Bien —dijo el juez—, entonces, mi sentencia es, considerando que el acusado es culpable de los cargos que se le imputan... —De pronto, apoyó los codos sobre la mesa y le miró fijamente—. Juan, voy a darle dos opciones a elegir. Prisión perpetua o entregarse al señor Ravenstock aquí presente. Pero si decide lo segundo, debe saber que hará lo que le ordene el señor Ravenstock o, de lo contrario, habrá de afrontar la sentencia de cadena perpetua. ¿Lo ha entendido bien?

El reo parpadeó. En la cantidad de elucubraciones que había hecho mientras duraba el juicio, acerca de la pena que podía corresponderle por su delito, no había entrado jamás una cosa tan

disparatada. Cadena perpetua… o Ravenstock. Y, ¿quién era Ravenstock?, se preguntó. ¿Algún científico chiflado, que pensaba dedicarse a la vivisección con su cuerpo?

De todos modos, pensó, prefería a Ravenstock. La cárcel a la cual iban a parar los condenados a encierro perpetuo era muy segura. De la casa de Ravenstock, podía escaparse, si las cosas venían mal dadas.

Inclinándose profundamente, dijo:

—Señoría, me pongo en manos del señor Ravenstock.

No era cosa, pensó, de discutir la enormidad de una sentencia, absolutamente desproporcionada al delito cometido. Le daban la oportunidad de eludir la cárcel y no quería desaprovecharla.

Wirtemberg hizo un gesto con la mano.

—El preso es suyo, señor Ravenstock —dijo.

—Gracias, Señoría —Ravenstock se puso en pie, desplegando su majestuosa estatura—. ¿Vamos, Juan?

El condenado miró al juez. Wirtemberg asintió.

—Vaya, no se ocupe del papeleo. Yo solucionaré esta parte del caso —dijo.

—Gracias, Señoría.

Juan parpadeó deslumbrado, al sentir en su rostro los rayos del sol, que no había visto en varias semanas. A su lado, Ravenstock soltó una risita.

—No esperaba este desenlace, ¿verdad?

—Si he de serle sincero, no. Pero tampoco esperaba una sentencia de prisión perpetua. El delito no fue tan grave, diablos —contestó Juan.

—Los tiempos han cambiado y ha vuelto la severidad en las costumbres —dijo Ravenstock—. Tuvo usted mala suerte en que el marido llegase antes de lo esperado.

—El esposo no debía llegar en toda la noche, según me aseguró ella —refunfuñó Juan—. Además, yo no lo mate: se mató él, al caer por las escaleras, persiguiéndome…

—Esa muerte fue a consecuencia de la invasión de su hogar. Por tanto, se le consideró tan culpable como si le hubiese dado muerte con sus propias manos. Pero no se queje; yo le he sacado de su apuro. Aunque, eso sí, recuerde las condiciones, tendrá que hacer lo que yo le diga o irá a presidio para toda su vida.

—Y, ¿qué tengo que hacer yo, para pagar este inmenso favor? —preguntó Juan irónicamente.

Un aeromóvil descendía en aquel momento, hacia la explanada posterior del palacio de Justicia. Al tocar tierra, se abrió una portezuela. Ravenstock empujó suavemente a su acompañante.

—Entre, Juan.

Juan obedeció. Sentado ante los mandos del aparato, había un sujeto tremendamente voluminoso, aún más alto que Ravenstock y con casi cuarenta kilos más de peso. AI acomodarse en el asiento posterior, Ravenstock dijo:

—Juan, le presento a Harrish, mi más fiel colaborador, aparte de sirviente personal. Le aconsejo no trate de enemistarse con Harrish; podría romperle el espinazo como si fuese un caña seca. Además, tiene un grave defecto: es insomne de nacimiento. Por la noche, necesita descansar, claro está, pero nunca duerme. De modo que si piensa escapar de mi casa, le recomiendo olvidar esa idea, porque Harrish no se lo permitirá, ¿está claro?

—Sí, clarísimo. Pero ¿qué es lo que debo hacer? ¿No puede anticiparme nada todavía, señor Ravenstock?

—Por supuesto que sí. Juan, va a convertirse usted en psiconauta.

* * *

La comida había sido excelente. Manjares de calidad, perfectamente guisados, frutas deliciosas, vinos caros... Al terminar, el silencioso e impasible Harrish, retiró el servicio y trajo café y licores.

—Como en el siglo XX —rió Ravenstock—. ¿Ha quedado satisfecho, Juan?

—Sí, señor, aunque todavía estoy preocupado por lo que ha dicho. No ha querido explicarme más... ¿Qué significa eso de psiconauta?

—Juan, usted es lo suficientemente culto para entender el significado de las palabras, sin necesidad de aclaraciones superfluas. Los primeros navegantes por la mar eran también nautas, hombres que empleaban naves, en suma. Después vinieron los globos y los aeroplanos, y a los hombres que los tripulaban, se les llamó en principio aeronautas... navegaban por el aire. Cuando las primeras astronaves salieron al espacio, sus ocupantes fueron denominados astronautas. ¿Lo va entendiendo?

Juan se puso rígido.

—¿He de entender que debo tripular una... psiconave?

—Exactamente —confirmó Ravenstock sin pestañear—. Una nave movida por energía psíquica. Harrish, una copa de coñac para mi invitado; se ha puesto pálido —añadió jovialmente.

Juan despachó el coñac de un solo trago.

—Pero eso es imposible —exclamó—. Ya sé que el cerebro emite ondas eléctricas... Sin embargo, su potencia es ínfima; apenas si basta para mover la aguja del electroencefalógrafo...

—Juan, olvidas que estamos en el siglo XXIV y que la ciencia ha adelantado enormemente desde que se envió al espacio el primer

satélite artificial, el «Sputnik» ruso, en 1957. Por tanto, la psiconave no es una fantasía sino que existe. Y lo afirmo, porque yo soy su constructor.

—Usted… —dijo el joven, estupefacto. Le parecía soñar

—Sí, yo. Luego te explicaré su funcionamiento…, pero antes quiero que veas una cosa. ¿Harrish?

—Sí, señor —contestó el sirviente.

Las luces del amplio comedor se atenuaron. Uno de sus muros se iluminó por completo, convirtiéndose en una colosal pantalla de proyección, en la que apareció la imagen de la galaxia, con colores tan vividos, que Juan llegó a creer que se hallaba en el espacio, a bordo de una astronave.

—Aquí tienes la galaxia a la cual pertenecemos, Juan —dijo Ravenstock, cómodamente reclinado en su asiento—. No te indico las diversas constelaciones, porque sé, las conoces tan bien como yo. Sin embargo, quiero que te fijes en dos puntos.

Una de las estrellas se hizo más grande en la pantalla lejos del centro, hacia una tercera parte del mismo, centelleó con suaves oscilaciones de color amarillo. Otra en el borde opuesto, incluso un poco fuera de los difusos límites de la nebulosa, centelleó con color verde.

—Mira la estrella amarilla. Representa nuestro Sol, y, claro está, es el centro del sistema solar. La estrella verde es Necuno y se encuentra, aproximadamente, a ciento veinte mil años luz de distancia de la Tierra. Como no ignoras, nuestra galaxia tiene un diámetro aproximado de ciento treinta mil años luz por un grosor de treinta mil, dimensiones sólo aproximadas y nada exactas, porque, hasta la fecha, nadie ha podido calcularlas con justeza.

— El nombre de Necuno, que lógicamente suponemos es centro de otro sistema solar, se deriva de las siglas con que fue conocida primitivamente: NEC 1, es decir, núcleo estelar… civilizado número uno. Y digo civilizado, porque hace años que empezaron a recibirse señales en la Tierra desde ese punto espacial. Parecieron señales inteligentes, hechas por seres inteligentes… y, en efecto, nuestras perfectísimas computadoras consiguieron descifrarlas, después de intensos años de trabajo incesante, hasta llegar a una conclusión: Necuno quiere entablar relaciones con nosotros.

—¡Es decir, está habitado! —exclamó Juan, vivamente sorprendido.

—No cabe la menor duda —respondió Ravenstock—. Está habitado… pero los mensajes recibidos fueron emitidos hace ciento veinte mil años… cuando faltaban noventa o cien mil para que el hombre de Altamira empezara a pintar bisontes en su cueva. Esos mensajes viajaron a la velocidad de la luz y por eso sabemos que, hace

mil doscientos siglos había seres inteligentes en Necuno. Por tanto, queremos entablar relación con ellos o saber qué fue de su civilización.

—Pero si yo viajo a Necuno, tardaré mil doscientos siglos en llegar... —Juan se alarmó repentinamente—. Oiga, ¿ha descubierto algún medio para hacerme vivir ciento veinte mil años?

Ravenstock se echó a reír.

—Juan, el pensamiento es instantáneo... y tu mente será el motor que mueva tu nave, tu psiconave. Por dicha razón, apenas te hayas puesto en movimiento, te encontrarás en Necuno.

El joven se quedó abrumado. Ravenstock hablaba completamente en serio. No había la menor señal de broma en sus palabras, a pesar del tono jovial y hasta intrascendente con que eran pronunciadas. Sí, una psiconave... una nave movida por energía psíquica...

—La nave es necesaria por varias razones —continuó Ravenstock—. Una de ellas es que debes iniciar el viaje desde cierta distancia de la Tierra y, como es lógico, detenerte a cierta distancia de Necuno y explorar cuál es el lugar más adecuado para aterrizar. Puedes necesitar defenderte, y llevarás armas, y tal vez precises pasar algún tiempo en una zona solitaria, donde no encuentres comida ni agua, por lo que llevarás víveres y agua en cantidades suficientes... aparte de que tu cuerpo no está hecho para vivir en el vacío espacial y necesita la envoltura protectora de la psiconave.

—¿Cree que yo sabré gobernar la nave? —dudó Juan.

—Te enseñaré.

—Mi mente, ¿tiene la suficiente potencia para moverla?

—La psiconave dispone, lógicamente, del aparato que yo denomino psicomultiplicador de energía. Tu mente la moverá por todas partes, con la mayor facilidad. Bastará que desees viajar a un punto, para que te encuentres en él a los pocos instantes.

—Con la velocidad del pensamiento.

—Con la velocidad del pensamiento —confirmó Ravenstock.

—Oiga, ¿no teme que me escape?

—No puedes hacerlo. Recuerda a Harrish...

—Oh, yo me refería a escaparme, después de hallarle a bordo de la nave...

—Juan, había varios condenados en tu caso. Te hemos elegido a ti, después de un detenido estudio de todos los posibles candidatos a psiconautas. Sé que, si accedes para no cumplir una condena de prisión perpetua, iras a Necuno, explorarás aquel sistema y volverás con noticias interesantes a la Tierra.

—Empiezo a sospechar que usted pertenece a algún departamento del gobierno...

Ravenstock se echó a reír. –

—Es un proceso supersecreto y muy pocas personas están enteradas de él —contestó—. Mis trabajos fueron financiados con fondos secretos del gobierno y la expedición ha sido aprobada por quien puede hacerlo. Cuando regreses de Necuno, tu condena habrá sido cancelada. Anda, vamos, te enseñaré la psiconave —dijo.

— ¡Un momento! —exclamó Juan.

Ravenstock le miró con curiosidad.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Quiero que me diga una cosa, y con absoluta sinceridad. ¿Estamos?

—Si por descontado.

—Yo voy a pilotar la psiconave..., pero ¿es que no ha encontrado para hacerlo a algún científico ansioso de conocer un mundo situado a ciento veinte mil años luz?

—Claro que los encontré —respondió Ravenstock—. ¿Por qué te crees que he tenido que recurrir a un presidiario? Tenía tres ayudantes, construí tres psiconaves... y las tres se han perdido, sin que haya vuelto a tener noticias de sus pilotos ni de las naves.

CAPITULO II

Con un ligero temblor en el cuerpo, Juan se sentó ante el puesto del piloto y contempló con ojos inseguros los instrumentos del tablero. La psiconave se hallaba en el exterior de la residencia de Ravenstock, situada lejos de la capital, en una zona deshabitada. Durante dos largas semanas, se había entregado denodadamente al aprendizaje del manejo de la nave, así como a conocer los menores rincones de su estructura. Ahora sabía dónde se encontraba cada cosa: las armas, las provisiones, los tanques de agua potable, las ropas de repuesto, tanto para climas tropicales como para zonas glaciales, las medicinas y elementos de cura...

Además, había estudiado a fondo el mapa de la Galaxia. Incluso se había sometido a unas cuantas sesiones de hipnopedia, enseñanza durante el sueño, lo que le había permitido duplicar prácticamente el tiempo de aprendizaje. Podía decir que conocía la nave tan bien como su constructor. Pero no estaba en condiciones de asegurar que la expedición resultase un éxito.

Tres de los ayudantes de Ravenstock habían empleado sendas naves antes que él. Ninguno había vuelto. No se tenían noticias suyas. A veces, Juan pensaba que las psiconaves se habían convertido en polvillo cósmico durante su viaje por las estrellas. A él podía sucederle lo mismo... pero, bien mirado, aunque sentía un miedo espantoso, aún tenía más miedo de pasarse el resto de su existencia encerrado en la cárcel. A los veintisiete años y con la perspectiva de vivir ciento veinte o más, la elección no ofrecía dudas.

En todo caso, moriría rápidamente y sus sufrimientos no se prolongarían demasiado, pensó.

Ravenstock entró en aquel momento.

—¿Todo listo? —preguntó.

Juan procuró afirmar su voz.

—Sí, señor —contestó.

La mano de Ravenstock se apoyó firmemente en su hombro.

—Juan, ojalá tengas suerte —deseó.

—Gracias, señor. Pero no puedo evitar pensar en sus tres ayudantes.

—Yo también pienso en ellos. Los tres se ofrecieron voluntarios.

—Y no han vuelto...

—Deseo que los encuentres, Juan. —De pronto, la voz de Ravenstock perdió el tono sardónico que le era habitual—. Primero viajaron dos hombres. El tercer voluntario, era una mujer: mi hija Carlota.

Juan se quedó pasmado al escuchar aquellas palabras. Antes de que pudiera decir nada, Ravenstock había abandonado ya la nave.

En aquel momento, sintió una viva simpatía por aquel hombre. No, no era el científico deshumanizado y sin alma que había creído desde el primer momento. Ravenstock había permitido que su propia hija tomara parte en un experimento del que, si se conocía el principio el final era un enigma todavía sin resolver. En interés de la ciencia, Ravenstock no había dudado en permitir que un ser de su propia sangre tomase parte en una operación de resultados aún impredecibles.

Y, en aquel instante, percibió dentro de sí el ansia de triunfar donde otros habían fracasado. Su mano derecha presionó una tecla y la compuerta exterior se cerró suavemente. Al estar cerrada, se encendió una luz verde en el tablero.

La segunda tecla puso en funcionamiento los motores antigravitatorios de la nave, que la llevarían a dos millones de kilómetros de la Tierra, distancia más que suficiente para iniciar el psicoviaje. Una vez hubo despegado, Juan se reclinó en el asiento.

La primera etapa se cubría automáticamente, sin necesidad de otros manejos del piloto. La nave aceleró por sí misma. Cuando estaba ya a un millón ochocientos mil kilómetros del planeta, una luz amarilla se encendió en el tablero, indicándole que era hora ya de preparar los psicomotores.

Juan movió una pequeña palanca. Un motor auxiliar hizo funcionar una pequeña grúa puente, situada en el techo de la cabina, a cuatro metros del suelo. Al mismo tiempo, un arnés protector envolvió su cuerpo por completo, como una armadura medieval. La grúa puente transportó un colosal casco de forma cúbica, que no medía menos de metro y medio de lado, situándolo directamente sobre su cabeza. Luego los automáticos hicieron descender el casco, que disponía de un hueco adaptado anatómicamente a su cráneo.

Varios cables, de unos tres centímetros de grueso y de distintos colores, salían del casco y se perdían en el techo. Los ojos de Juan quedaron cubiertos un instante. Luego una pantalla se encendió en el interior del mismo casco, proporcionándole una visión completa de la galaxia. En la base de la pantalla, en realidad, una proyección microscópica, que le hacía ver las imágenes a su tamaño normal, se encendió una luz verde.

El momento culminante había llegado. Juan divisó en la pantalla el centelleo de la luz que representaba a Necuno. Sus pensamientos se centraron en aquel núcleo estelar.

«¡Quiero ir a Necuno!», pensó, con todas sus fuerzas.

* * *

Millones de agujas se clavaron en su cuerpo. Su cerebro pareció traspasado por mil clavos al rojo vivo. Le pareció que se desintegraba en trillones de células. Luces de todos los colores se encendieron y apagaron ante sus ojos, en una frenética sucesión de relampagueantes cromatismos, que le deslumbraban y aturdían a un tiempo. En sus tímpanos resonaron los gigantescos bramidos de una tempestad, olas monstruosas azotando negros acantilados de cientos de metros de altura, mientras las gaviotas revoloteaban chillando estridentemente, los colores y el ruido y las luces se hicieron insoportables y crecieron, crecieron infinitamente, hasta reunirse r~ una total explosión, que le dejó anonadado, exhausto, completamente agotado, sin un solo gramo de fuerza en sus músculos.

«Ahora —pensó—, sólo soy un charco de líquido orgánico en el suelo.»

De repente, abrió los ojos y vio un disco azulado.

El instinto le hizo saber que había llegado al final de su viaje al fondo de la Galaxia.

—Eso es Necuno —exclamó maquinalmente.

* * *

El casco, que era el psicomotor de la nave, se había retirado automáticamente. Su cuerpo, no convertido en un charco de líquido, como había temido, quedó libre del arnés protector. En el reloj del tablero, las agujas señalaran las doce y un minuto de la noche terrestre.

La partida se había efectuado con la oscuridad, a fin de evitar miradas indiscretas. Juan recordaba muy bien que cuando el casco bajaba sobre su cabeza, faltaba un minuto para la media noche. Ahora eran las doce y un minuto. La instantaneidad absoluta no existía..., pero en aquellos ciento veinte segundos, había recorrido ciento veinte mil años luz.

Cada segundo, por tanto, equivalía a mil años luz. Era impresionante, mareador... Sintió vértigo, pero procuró rehacerse pronto. Era preciso afrontar la última etapa del viaje: el aterrizaje en algún planeta que estuviera habitado.

El que tenía frente a sus ojos parecía del tipo Tierra. Conectó el teledetector y la respuesta de los instrumentos resultó positiva: había agua, y oxígeno en proporciones normales. En torno al planeta, divisó dos satélites menores que la Luna, que giraban en órbitas diferentes. Al conectar el telescopio, divisó vastas extensiones de suelo verde, montañas con las cumbres blancas y zonas oceánicas. El aparato óptico, sin embargo, no le hizo ver el menor signo que le permitiera deducir había seres inteligentes vivos.

No se veía ninguna zona poblada, ni la clásica imagen de una

gran ciudad. Tal vez, se dijo, las ciudades y sus habitantes estaban en el hemisferio opuesto.

La psiconave se acercaba ahora al planeta con los motores antigravitatorios, en funcionamiento automático. Juan no tenía ya nada que hacer, salvo iniciar su exploración, apenas pusiera los pies en tierra. Su cerebro había sido el motor de aquel prodigioso viaje y, por el momento, no necesitaba continuar utilizándolo.

Mientras se aproximaba al planeta, se preguntó cuál habría sido la suerte corrida por los tres ayudantes de Ravenstock. El científico había demostrado ser un hombre de una pieza. No, no era el ser sin alma que había creído en un principio.

Dos horas después de que el psicomotor hubiera cesado en su funcionamiento, Juan ponía su pie en el suelo de aquel planeta situado a ciento veinte mil años luz de la Tierra. ¿Cuál era la distancia en kilómetros?

Los cálculos daban vértigo. En cifras redondas, la distancia podía representarse por la unidad seguida de ¡dieciocho ceros! Era algo inimaginable; la mente no alcanzaba a representarse una cantidad semejante.

Dejó de lado aquellas elucubraciones. El aire era fresco y olía a campo. A lo lejos percibió el rumor de un arroyo que descendía de las no lejanas montañas. Uno de los satélites daba la suficiente luz para poder ver sin dificultades. Había árboles un tanto diferentes de los terrestres, pero las diferencias no eran tan grandes como habría parecido lógico. No se oía otro rumor que el del arroyo y las hojas movidas por una ligera brisa.

A pesar de todo, decidió no moverse de las inmediaciones de la psiconave, hasta disponer de mayor luz. Tras aquella brevísima exploración, giró en redondo, entró en la nave, cerró y fue al camarote en el que había una cómoda litera. Sentíase fatigado y no tardó en dormirse como un tronco.

Cuando despertó, vio que entraba un rayo de sol por el «ojo de buey». Sentado en la litera, contempló el paisaje durante unos momentos. Era muy agradable, se dijo.

Al cabo de unos momentos, se levantó y fue al baño. Después se preparó un abundante desayuno. Una vez saciado el apetito, empezó a prepararse para la primera exploración.

Lo primero que hizo fue colgar del cinturón el telemando de la nave. De este modo, podría hacerla volar por control remoto hasta el lugar que le apeteciera, caso de necesitarlo. Luego se puso a la espalda una mochila con algunos víveres, además de una cajita con elementos de primera cura. Como armas llevaba un afilado machete y un fusil de repetición, de pólvora. Ravenstock le había aconsejado utilizase aquellas armas tan primitivas.

—En un país desconocido, que es al que vas, las armas mejores son las que empleaban los exploradores de los siglos XIX y XX —había dicho.

Salte de la nave y cerró la compuerta exterior. Para protegerse del sol, se había puesto un sombrero de tela, blando. También llevaba gafas de color, aunque no las utilizaba por el momento.

La mejor exploración se hacía a pie, había aconsejado Ravenstock. Y puesto que podía atraer a la nave por el telemando, a cualquier sitio, era preciso reconocer la justicia de aquella recomendación.

Sin pérdida de tiempo, echó a andar.

Un minuto más tarde, alcanzó el arroyo. Lo más conveniente era seguir su curso. El arroyo desembocaría en algún río... y todas las civilizaciones se habían desarrollado siempre en las orillas de un gran río de un mar. El ser humano no podía vivir sin agua.

* * *

Tres horas más tarde, se detuvo en un paraje en donde el arroyo se desplomaba por un pequeño acantilado, de unos doce metros de altura, para formar un gran estanque, que no medía menos de sesenta o setenta metros de anchura. Había abundancia de vegetación y la temperatura era bastante elevada. Juan empezó a pensar en la conveniencia de darse un baño.

Entonces, inesperadamente, divisó algo que le dejó estupefacto.

Alguien había tenido la misma idea que él y se estaba bañando en el estanque. Desde el borde del acantilado, Juan divisó una forma blanca, que se movía perezosamente en las aguas transparentes. Aquella forma blanca estaba coronada por una larga cabellera rubia.

—Ella es Eva y yo soy Adán —se dijo, con buen humor.

La mujer no se había dado cuenta de su presencia. Juan se preguntó si sería la única ocupante del planeta. De súbito, vio un movimiento entre las hierbas del borde del estanque, al otro lado.

Algo reptaba hacia el cuenco repleto de líquido. Juan divisó un cuerpo cilíndrico, de no menos de sesenta centímetros de grueso, coloreado en verde, naranja y amarillo, y de más de veinticinco metros de largo. La visión de aquella boa colosal le dejó unos instantes sin respiración.

El enorme reptil podía deglutir a la nadadora sin la menor dificultad sobre todo, después de que le hubiese roto todos los huesos con la presión de sus anillos. Una muerte horrible, se dijo.

En aquel instante, reconoció la bondad de los consejos de Ravenstock. Sí, un fusil del siglo XX era lo más adecuado... y el que tenía disponía de dos clases de proyectiles: perforantes y explosivos.

Los explosivos contenían dos gramos de UTNT, el

ultratrinitrotolueno, veinte veces más potente que el TNT normal. Aquellos dos gramos, por tanto, representaban cuarenta de explosivo.

La cabeza de la boa estaba ya a un metro del borde cuando Juan apretó el gatillo. El fusil había sido mejorado con un visor que eliminaba prácticamente los fallos de puntería, además de contar con mecanismo antirretroceso. El proyectil fue a parar exactamente donde había deseado.

Al primer estampido, siguió una tremenda explosión. La cabeza del reptil voló en mil pedazos y su cuerpo coleteó ferozmente, derribando plantas y hasta un par de pequeños arbolitos. Al ruido, la nadadora se volvió un instante y vio a Juan al borde del acantilado.

Juan movió una mano.

—¡Salga, pronto! —gritó.

Ella no se hizo de rogar. Juan vio que las convulsiones de la boa seguían aún. Aquellas sacudidas podían resultar peligrosas, a pesar de tratarse de un cuerpo decapitado. Enormes arroyos de sangre enrojecían el agua, al deslizarse por el borde hacia el estanque.

La nadadora salió fuera y agarró un montón de ropas antes de echar a correr para alejarse de aquel lunar Juan buscó un camino para descender al nivel del estanque. Se preguntó si ella habría entendido sus palabras

Momentos después, se hallaba al pie del acantilado. La mujer, joven, hermosa, de ojos muy claros, estaba al otro lado de unos arbustos.

—No se acerque más —dijo—. Espere a que termine de vestirme.

Juan arqueó las cejas.

—Ah, habla mi idioma —dijo.

— ¡Naturalmente! —contestó la muchacha—. Soy de la Tierra, como usted.

Juan se quedó rígido unos instantes. Aquel rostro, de pómulos levemente salientes... Los ojos eran tan claros como los de Ravenstock...

— Tú eres Carlota —dijo.

Ella respingó.

— Cómo puedes conocerme, si no nos hemos visto nunca antes? —exclamó.

Juan sonrió.

—Será mejor que termines de vestirte —indicó—.

Y luego hablaremos... y hablaremos también del regreso a la Tierra.

— Temo que eso va a ser imposible —respondió Carota— . Yo llegué aquí sin dificultad... y aquí me he quedado.

CAPITULO III

Juan observó que las ropas de Carlota, camisa, pantalones y botas camperas, aparecían en pésimas condiciones. Teniendo en cuenta que hacían ya un año que había abandonado la Tierra, su aspecto resultaba comprensible.

—Bien, luego discutiremos ese asunto —dijo al cabo—. Primero, supongo, querrás comer.

—¿Comida terrestre? —preguntó ella con avidez.

—¿Tan mala es la de este planeta?

—Oh, no..., pero siempre agrada volver a probar las cosas que se comieron en tiempos.

—Está bien —sonrió Juan—. Abriré una lata de carne y otra de melocotón en almíbar. Tengo café soluble en pastillas y podemos encender fuego...

—Tomaré el café frío. Te aconsejo que no enciendas el fuego. Podrían localizarnos.

Juan se había despojado ya de la mochila y miró a la muchacha con gesto de sorpresa.

—¿Quién nos podría localizar? —preguntó.

—Llegué aquí hace un año y me hicieron prisionera casi en el acto. Hace muy pocos días, conseguí evadirme... porque no me gustaba en absoluto lo que querían hacer conmigo.

—Son caníbales y querían asarte en alguna fiesta ritual —dijo él con buen humor.

—Casi peor —contestó Carlota—. Iba a ser la esposa del... llamémosle rey. Mi matrimonio hubiera durado una semana. Después...

La joven se pasó un dedo por la garganta. Juan, que acababa de abrir la lata de carne, dio un respingo.

— ¡Caramba! Lo mismo que en *Las Mil y Una Noches,* antes de que Sherazada empezase con sus relatos.

—Sí, ese rey, Tihor, es otro Haroun-al-Raschid, aunque bien es verdad que éste estrenaba una esposa cada noche. Tihor, al menos, las permite vivir una semana después de la boda.

Carlota se sentó en el suelo y, con el tenedor que le había entregado Juan, empezó a sacar trozos de carne.

—Como te digo, me hicieron prisionera, apenas aterricé. Pude escapar una vez, pero no conseguí hacer que despegara mi psiconave. No sé lo que sucedió; no funcionaba ninguno de los instrumentos. Volví a caer prisionera, y me encerraron en espera de que llegase mi turno. Me faltaban ya sólo cuatro días para la boda con Tibor,

¿comprendes?

—Un angelito, vamos —comentó Juan—. Por fortuna, mi nave no está demasiado lejos, a unas tres horas de marcha a pie. Nos iremos en seguida, Carlota.

—Ojalá lo consigamos —suspiró ella—. Pero lo dudo

—¿Por qué? La psiconave está en perfectas condiciones.

—Déjame acabar de comer —pidió Carlota—. Tienes un telemando, veo.

—Sí, aunque este paraje no me parece muy adecuaba para traer la nave. Es demasiado accidentado y no tendría espacio.

—A medio kilómetro hay una llanura. Iremos allí... y haremos la prueba.

—Como quieras —dijo él—. Pero antes me gustaría saber una cosa... y no me gustaría tampoco marcharme de aquí, sin saber qué ha sido de los dos exploradores que te precedieron.

—Voy a darte una mala noticia: no sé qué ha sido de ellos, Juan.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, él dijo:

—Tal vez sus psiconaves se desintegraron... o «apuntaron» mal y se perdieron en el cosmos...

No lo sé, sinceramente, ignoro qué pudo ser de mis predecesores. He preguntado a infinidad de gente, pero nadie sabe una palabra. Por lo que he podido averiguar, mi psiconave fue la primera en aterrizar aquí.

—Bueno, la mía es la segunda y, como digo, está en perfectas condiciones. ¿Melocotón en almíbar?

—Sí, gracias.

Carlota demostró tener un magnífico apetito. Al terminar, puso piedras en las latas y las arrojó al estanque, en donde se hundieron.

—Lástima de no poder encender fuego —dijo.

—¿Por qué?

—La carne de serpiente okyxiana es exquisita.

Juan sintió que se le subía el estómago a la garganta.

—¿Has... comido... de eso? —preguntó.

—Más de una vez y más de dos —rió Carlota—. También a mí me repugnaba al principio, pero cuando la probé, movida por el hambre, supe que mi aversión hacia esa carne era totalmente infundada.

Se puso en pie.

—¿Vamos, Juan?

—Sí, claro.

Juan cargó de nuevo con la mochila y puso el rifle en el antebrazo izquierdo. En el momento de romper la marcha, Carlota, por encima del hombro, le hizo una pregunta:

—En la nave, supongo, tendrás ropas.

—Claro. Podrás mudarte sin dificultad.

—Ya tengo ganas —suspiró ella—. Y si es verdad que tu psiconave funciona…

—Funciona, te lo aseguro —dijo él—. Oye, hace unos momentos has pronunciado un nombre… Me pareció derivado del de una región geográfica…

—El planeta se llama, lo llaman los nativos, mejor dicho, Okyx. No hay naciones, sólo territorios, en el que habitan diferentes tribus en un estadio de civilización muy atrasado. Yo, como tú, tuve la mala suerte de aterrizar en el territorio de Tihor.

—Y no pudiste despegar de nuevo.

—Aquí me tienes, Juan —contestó Carlota.

Poco después, abandonaban la zona boscosa y salían a un lugar llano, cubierto de hierba, por cuyo centro serpenteaba el arroyo, ahora convertido en una mansa corriente. Juan se detuvo en aquel momento.

—Bien, creo que ha llegado la hora de hacer la prueba —exclamó—. Pero antes quisiera saber algo que me preocupa mucho.

— De qué se trata. Juan? —preguntó la muchacha.

— Mi mente activa el psicomotor de la nave. Pero ¿podrás viajar tú en ella?

—Claro, como… un bulto más del equipaje —sonrió Carlota.

—Bien, siendo así, no hay más que hablar. Vamos a «llamarla».

Juan se descolgó el aparato de telemando y lo depositó en el suelo. Desplegó la antena telescópica, presionó un par de botones y se incorporó.

—Estará aquí antes de cinco minutos —aseguró. De pronto, soltó una risotada—. Salí de la Tierra a las ocho de la tarde. Son las doce y cuarto. Antes de la una, estaremos de nuevo en casa… un viaje de doscientos cuarenta mil años luz, en poco más de dieciséis horas. ¿No te parece maravilloso?

—Mi padre tiene una mente privilegiada —dijo Carlota intencionadamente.

—Sí, es cierto.

De pronto, ella se puso las manos en las caderas.

—Juan, yo a ti no te conocía… aunque bien es verdad que he pasado un año fuera de la Tierra. ¿Cómo te convenció mi padre para que viajaras en la psiconave?

—No me convenció él, sino un juez que me dio a elegir entre una sentencia de prisión perpetua o viajar en la nave inventada por tu padre. Supongo que serían amigos, o tal vez tu padre lo pidió al gobierno… Eso no interesa ahora demasiado, Carlota.

Ella le miró horrorizada.

—Debiste de cometer algún crimen muy grave —exclamó—. Una sentencia tan dura no se impone sin un motivo de importancia.

—Bueno, un tipo perdió la vida... Me seguía, tropezó, cayó rodando por las escaleras y se rompió la cabeza.

—Entonces, no le mataste.

—No, pero como el accidente sucedió en su propia rasa, el juez estimó que era tan culpable como si lo huyese matado a garrotazos.

—Ah, entraste a robar...

Juan se echó a reír.

—Lo que robé no era dinero precisamente —contestó—. Pero tampoco lo supe hasta que el pobre infeliz vino a casa antes de lo que se le esperaba,

Carlota sonrió.

—Una esposa infiel, vamos —adivinó.

—Sí, aunque repito que ella no me dijo que era casada... hasta el momento clásico en estas situaciones. «Mi marido», gritó. Y el tío ya estaba dentro de casa y yo eché a correr, él me persiguió, tropezó, cayó rodando por la escalera...

De pronto, frunció el ceño, a la vez que consultaba el reloj.

—Ya tendríamos que ver la psiconave —dijo—. Han pasado más de cinco minutos.

—Te lo advertí —contestó ella—. Ignoro las causas, pero las naves terrestres, no sé por qué, no pueden funcionar en la superficie de Okyx.

* * *

Juan probó el aparato varias veces, sin obtener el menor resultado. Al fin, replegó la antena y lo colgó de su cinturón.

—Iremos a pie —decidió—. Es decir, si no tienes inconveniente...

—Quizá tú lo consigas —deseó ella—. Yo, francamente, me siento muy pesimista al respecto. Lamento tener que hablar así, pero de nada serviría ocultarte la verdad.

—Es mejor la franqueza en todo —aprobó él—. Sigamos.

Mientras reanudaban la marcha, Juan quiso conocer más detalles de la vida en Okyx.

—Carlota, estamos aquí, porque hace algunos años se captaron señales inteligentes emitidas desde alguno de los planetas de este sistema —dijo—. ¿Qué sabes sobre el particular?

—Eso sucedió hace ciento veinte mil años, como no ignoras. Desde entonces, han ocurrido muchas cosas en Okyx. Sí, yo he visto restos del colosal radiotelescopio con que se hicieron las señales... Son pura chatarra y la civilización que creó aquella maravillosa máquina, ya no es más que polvo. Lo mismo pasó en la Tierra: sumerios, asirios, griegos, romanos... Son civilizaciones que tuvieron su época de esplendor y que luego se perdieron. Algunos pueblos fueron invadidos

y avasallados por otros que habían alcanzado un mayor grado de poderío. Otros se hundieron por sí mismos... Aquí debió de suceder algo parecido, Juan.

—Lo cual explica la barbarie de Tihor.

—Y de Kelina, la reina del territorio contiguo. Esas dos naciones, si se les puede dar ese nombre, están continuamente en guerra.

—Y yo que pensaba, al ver el panorama, que había llegado al paraíso terrenal —se quejó el joven.

—Esto no tiene nada de paraíso, Juan —dijo ella apesadumbrada—. La vida es fácil, cierto, ya que el clima es excelente y se crían sin dificultad toda clase de animales domésticos y plantas y frutos comestibles. Pero las relaciones entre tihorianos y kelinianos, por identificarlos mejor, están envenenadas desde tiempo inmemorial. Continuamente están asestándose golpes, asaltos, emboscadas, combates a muerte... No, no hay nada parecido a la paz aquí, Juan.

—Bueno, si conseguimos poner en funcionamiento la psiconave, los dejaremos que sigan matándose entre sí. Su guerra no es la nuestra, me parece.

—De todos modos, si hay que darle la razón a una de las partes contendientes, yo se la daría a Kelina y a los suyos.

—Por solidaridad de sexo, sin duda —sonrió Juan.

—Hasta cierto punto. Las leyes, o costumbres o usos barbaros de Tihor, como quieras denominarlo, permiten él tenga una nueva esposa cada semana. Cincuenta y dos al año... y le gusta variar. Las mujeres kelinianas son su plato favorito.

—Oh, ya comprendo. Sus guerreros emprenden expediciones de «caza».

—Exactamente. Y no se andan con chiquitas a la hora de utilizar las armas.

—¿Qué clase de armas? Si son tan atrasados como parece...

—Ballestas de repetición, lanzas, venablos y machetes. Y caballos, naturalmente. Una vez estuve en las ruinas de lo que fue capital de una maravillosa civilización y vi representaciones de máquinas fantásticas, de las que no tenemos la menor idea, pero ahora, Okyx ha caído en la mayor de las barbaries. Es un mundo horrible, créeme.

Juan arrugó el entrecejo.

—Quizá no lo sea tanto como piensas —dijo.

—¿Por qué?

—Si tu nave, como la mía, no funcionan, debe ser a causas que no entendemos por el momento, pero que, indudablemente, son más complejas de lo que podemos imaginar. Y eso significa un grado de civilización muy superior al que me has explicado.

Carlota hizo un gesto de desaliento.

—Te he contado todo lo que he aprendido en mi estancia aquí —respondió.

—Muy bien, quizá ahora, cuando lleguemos a la nave, podamos saber algo más. Y si consigo que despegue, querría pedirte un favor.

—Desde luego, Juan —accedió la muchacha—. ¿De qué se trata?

—Antes has hablado de la maravillosa civilización que existió aquí hace ciento veinte mil años. Me gustaría ver las ruinas, si conoces el camino.

—No habrá inconveniente —respondió Carlota.

Habían rebasado ya la cascada y empezaban a llegar a zona más llana. Juan calculó que ya sólo les quedaban dos horas de marcha hasta la psiconave.

—Juan, dime, ¿qué hacías tú en la Tierra?

El joven sonrió.

—Te reirás cuando lo sepas —dijo.

—Bueno, no sería nada vergonzoso, supongo...

—Oh, no, en absoluto.

De repente, Juan se volvió hacia la muchacha y acercó la mano a la oreja. Al retirarla, ella vio una moneda de oro.

—¡Oh! —exclamó Carlota—. Eras...

—Sí, y ya tenía una fama considerable. Pero aquel maldito asunto de amores con una casada, lo echó todo a perder.

De repente, Juan se detuvo en seco. Extendió el brazo izquierdo y Carlota se paró también.

—Muchacha —dijo él—, temo que habremos de empezar a pensar en batir el récord de velocidad de carreras a pie.

Carlota miró en la dirección que el joven le señalaba y lanzo un gemido de espanto. A quinientos metros de distancia un pelotón de jinetes galopaba hacia ellos a toda velocidad.

CAPITULO IV

La psiconave estaba todavía demasiado lejos para soñar en alcanzarla a pie y las pruebas hechas con el aparato de telemando no permitían dar alas al optimismo. Por otra parte, habían sido sorprendidos en terreno abierto, donde no había lugares para refugiarse y Juan comprendió muy pronto que el intento de escapatoria a sus atacantes no era más que una entelequia.

—Tendré que pelear —dijo, ceñudo, a la vez que descolgaba el rifle y llevaba una bala a la recámara—. Imagino que los hombres de Tihor no serán demasiado comprensivos con los forasteros —añadió.

—¡Juan, no son tihorianos! —exclamó la muchacha.

—¿Qué dices?

—Son kelinianos. Hombres y mujeres indistintamente, no hay discriminación de sexo en su ejército.

—Imagino que habrá algo que permita distinguir a unos de otros, ¿no es cierto? —preguntó Juan, sin quitar la vista del pelotón de jinetes que ya había reducido la distancia a la mitad.

—Los tihorianos llevan ropas de color oscuro. Los kelinianos visten con colores más claros. Sienten cierto orgullo por esas diferencias.

—Has aprendido mucho en el año que llevas aquí —comentó el joven—. Si no nos atacan con sus..., ¿qué clase de armas has dicho que emplean?

—Ballestas de repetición, principalmente. Pueden disparar diez saetas en otros tantos segundos y, créeme, tienen una magnífica puntería.

—Han salvado lo peor de la civilización —gruñó Juan.

En aquel momento, los jinetes empezaban a desplegarse frente a ellos. Juan calculó su número en una docena. La distancia era lo suficientemente próxima para que distinguiera algo que le llenó de asombro.

—-¿Por qué llevan las ballestas terciadas a la espalda? —murmuró.

De súbito, varios jinetes se adelantaron, haciendo girar sendos lazos sobre sus cabezas. Carlota lanzó un chillido: —;Quieren capturarnos vivos!

Juan aprestó su rifle y apuntó a uno de los atacantes. Pensó que si derribaba a uno, el estrépito del disparo, seguido de la caída del jinete, sería más que suficiente para impresionar a los restantes y obligarles a emprender la huida. Pero, de repente, Carlota hizo algo inesperado.

Echó a correr. Sus brazos estaban alzados en señal de rendición.

—¡Nos entregamos! —gritó—. ¡Respetad nuestras vidas!

Juan se sentía estupefacto. Aquella chica, ¿se había vuelto loca?

—¡Nos rendimos! —añadió Carlota.

Juan vaciló. El cañón del rifle bajó un poco. Casi en el mismo instante, un lazo cayó en torno a sus hombros, Era una mujer la que lo había arrojado y, en el mismo instante, hizo que su montura volviera grupas. El lazo se tensó y Juan sintió que sus pies eran arrancados del suelo. Al caer, su cabeza chocó contra una piedra y perdió conocimiento.

* * *

Cuando despertó, era de noche. Sentía un horrible dolor de cabeza, pero notó que empezaba a ceder. Alguien aplicó a su frente un paño húmedo. Juan emitió un quejido.

Vagamente, entrevió llamas de un par de hogueras, voces, masculinas y femeninas, y también risas alegres. Cuando pudo abrir los ojos, vio que Carlota estaba arrodillada a su lado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Mal —dijo él—. Parece como si me hubiera caído de un décimo piso.

—Recibiste un golpe muy fuerte. Has estado inconsciente durante todo el día. Ahora deben de ser las nueve de la noche. Hemos acampado aquí y partiremos mañana al amanecer.

Juan hizo un esfuerzo por sentarse, aunque sólo logró quedar apoyado en un codo.

—¿Sabes adónde nos llevan? —preguntó.

—Yo te lo diré, tihoriano —sonó de pronto una voz a corta distancia.

Juan y Carlota volvieron los ojos al mismo tiempo. Delante de ellos, con las manos en las caderas y los pies separados, había una mujer de unos treinta años, morena, bastante atractiva, y ataviada con una especie de peto que cubría protectoramente sus grandes pechos. Las caderas estaban protegidas por una falda compuesta por multitud de discos metálicos, unidos entre sí por fuertes hilos. Pendiente del ancho cinturón que rodeaba su talle, llevaba un machete de espantables dimensiones.

—Soy Erdha —se presentó—. Mando esta patrulla de exploración y os llevo a la capital, a presencia de mi reina Kelina. Ella decidirá lo que ha de hacer con vosotros…, aunque por el hecho de haberos capturado, tengo derecho a sugerirle algo interesante.

—¿Por ejemplo? —preguntó Juan.

—Ejecutaros, por espías, en el toro de fuego.

—¡Pero nosotros no somos tihorianos! —exclamó Carlota.

—No debiste haberte rendido —le reprochó Juan—. Y yo perdí demasiado tiempo, por bueno; de otro modo, ninguno de estos guerreros, no importa su sexo, estarían ahora con vida.

—Ya es tarde para lamentaciones —dijo Carlota—. Espero convencer a Kelina de su error; cuando ella sepa la verdad, nos respetará la vida.

Erdha sonrió desdeñosamente.

—Lo dudo mucho —se burló—. Quizá, en cuanto lleguemos, empezaremos a calentar el toro de fuego.

De pronto, levantó la mano. Dos hombres corrieron inmediatamente hacia ella.

—Manda, Erdha —dijo uno de ellos.

—Encadenad sus tobillos —ordenó la amazona.

—Sí, señora.

Un minuto más tarde, Juan y Carlota tenían sendas argollas en torno a los tobillos. Cada par de argollas estaba unido por una corta cadena, de no más de sesenta centímetros de longitud. Podrían moverse y hasta caminar, pero no correr, caso de que decidieran emprender la fuga.

—Mañana por la noche estaremos en la capital —dijo Erdha, una vez terminada la operación—. Entonces conoceréis la suerte que os aguarda.

Ya no habló más. Giró sobre sus talones y se alejó, dejando a la pareja a solas. Carlota, abrumada, rompió a llorar.

—Me porté como una tonta... No debí haberme rendido...

Juan le acarició el cabello.

—No te aflijas. Saldremos con bien..., aunque me preocupa el toro de fuego. ¿Qué es, algún toro bravo, con antorchas encendidas en los cuernos, y nosotros en alguna plaza, para que nos ataque y los kelinianos puedan divertirse con nuestros apuros?

—Ojalá fuese eso —contestó ella lacrimosamente—. Es un toro de metal, grande, hueco. Debajo se enciende una hoguera. Cuando el metal está al rojo vivo, se arroja dentro al condenado... o a los condenados, puesto que caben hasta cuatro personas en su interior.

Juan sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Dios mío, pero ¿cómo se les puede ocurrir un tormento semejante?

—No lo sé... Es algo común a los dos territorios. Hace cuatro meses, tuve ocasión de presenciar el suplicio de dos supuestos espías de Kelina, cuando era prisionera de Tihor. Créeme, fue algo horroroso..., y si Erdha se lo pide a Kelina, quizá ella se lo conceda, como desquite por la muerte de aquellos dos hombres.

Carlota se estremeció.

—Cada vez que recuerdo los horribles gritos que proferían

aquellos desgraciados, asándose vivos dentro del toro de metal al rojo vivo…

Juan entrecerró los ojos.

—Todavía estamos vivos —murmuró—. Me han desposeído de mi equipo, pero hay algo que está todavía intacto: mi inteligencia.

—No servirá de mucho —dijo Carlota, con acento lleno de pesimismo.

—Aún no han encendido la hoguera para calentar el toro de metal —repuso él ceñudamente.

No lejos del lugar en que se hallaban, sonaron risitas. Una mujer suspiró de un modo extraño. Juan volvió la cabeza y entrevió a una de las amazonas, completamente desnuda, en el momento de recibir en sus brazos a otro de los guerreros.

—Por lo visto, aquí, el amor no está reñido con la obligación —comento.

—En ese sentido, las leyes son muy liberales —dijo Carlota—. Lo consideran como algo muy natural y no existe la represión que tenemos ahora en la Tierra.

—Son formas de considerar la vida —murmuró él—. Carlota, el día de mañana será muy duro. Te aconsejo intentes descansar.

Ella se tendió junto al joven.

—Sí, será lo mejor —suspiró.

Por la mañana, antes de que saliera el sol, los grilletes fueron cambiados de los tobillos a las muñecas. Luego, sendos lazos unieron a los prisioneros a las colas de dos caballos. Juan apretó los dientes. El día iba a ser duro, muy duro.

* * *

Cerca del mediodía y apenas habían cruzado una extensísima llanura abrasada por el sol, en la que la hierba estaba ya completamente seca, hicieron alto a la orilla de una corriente de agua, sombreada por árboles de gruesas copas. Jinetes y caballos saciaron su sed, y a los prisioneros se les permitió refrescarse en las aguas del riachuelo. Erdha ordenó se les diese unos trozos de carne curada, con los que Juan y Carlota saciaron en parte su apetito.

Una hora más tarde, reemprendieron la marcha. Cruzaron el arroyo y se encontraron ante una llanura análoga a la que acababan de atravesar, aunque con ciertas ondulaciones de no demasiado relieve, sin embargo. De repente, cuando habían recorrido escasamente quinientos metros, Juan vio un jinete que se acercaba a todo galope.

—¡Erdha! —gritó el jinete—. ¡Vienen los tihorianos! Son más de cien y nos han cortado el paso hacia la capital!

Erdha tiró de las riendas de su montura. Juan, que estaba atado

a la cola de aquel caballo, la vio pálida y preocupada.

—Han entrado demasiado en nuestro territorio —observó.

—Seguramente, hicieron una incursión en busca de presas para Tihor —apuntó uno de los jinetes.

—Creo que eso no es relevante ahora —dijo otro—. Lo peor de todo es que nos han sorprendido en terreno descubierto y que tenemos muy pocas posibilidades a nuestro favor.

Juan escrutó el rostro de Erdha. Estaba preocupada, sí, pero, al mismo tiempo, veía su repugnancia a buscar su salvación en la huida. De repente, se le ocurrió una idea.

—¡Erdha! —gritó—. Déjame ayudarte... Suéltame las manos...

—¿Soltarte las manos? ¿Crees que me he vuelto loca? —contestó ella, vuelta a medias en su silla.

—No somos tihorianos, insisto en ello. Devuélveme mi equipo; te lo entregaré de nuevo apenas haya cesado el combate. Puedo hacer que ganes la batalla..., pero si no me permites utilizar mis armas, morirás... y todos nosotros moriremos también.

Erdha vaciló. El explorador que había vuelto con tan pésimas noticias señaló de pronto un punto en el horizonte.

—Míralos, allí están —exclamó.

A unos mil doscientos metros, surgiendo repentinamente en la cresta de una loma, aparecieron numerosos jinetes, que galopaban a toda velocidad al encuentro de los kelinianos. Erdha, sin embargo, continuaba dudando.

Carlota avanzó unos pasos, hasta situarse a su lado.

—Erdha, si salvas la vida, será solamente para acabar en el lecho de Tihor. Después de una semana de haber servido para saciar sus apetitos sexuales, hará que te corten el cuello. Dale sus armas a Juan; él es el único que puede salvarnos la vida.

Erdha desmontó de un salto.

—De acuerdo —cedió finalmente—. Pero yo estaré a su lado y, si veo que intenta traicionarme, le cortaré la cabeza de un solo tajo de mi machete. ¿Has entendido Juan?

El joven levantó sus manos.

—Corta la cuerda; es lo único que necesito —respondió—. Aparte de mi equipo, naturalmente.

Un machete cortó la cuerda de un solo tajo. Erdha hizo que trajesen el rifle y la mochila de Juan. Luego ordenó que sus subordinados desplegasen en orden de combate, pie a tierra, con las ballestas preparadas. Dos de ellos, sin embargo, retrocedieron cien metros, para cuidar de las monturas.

Uno de los jinetes vino con el rifle y la mochila. Juan cambió la carga del arma y puso en su depósito cartuchos con UTNT. Cuando terminó, los tihorianos estaban solamente a quinientos metros de

distancia. Ya empezaban a desplegarse en un amplio semicírculo, con objeto de rodear a los enemigos que estimaban fácil presa.

Juan levantó el fusil. De un modo vago, percibió, más allá de la línea de atacantes, un pequeño grupo de jinetes, que marchaba oblicuamente, alejándose de la zona de combate. Algunos de los jinetes, observó, tenían las manos atadas a la silla.

* * *

El rifle tronó una vez. Juan hizo su primer disparo al extremo izquierdo del semicírculo de atacantes, un poco por delante. Casi en el acto, se elevó del suelo un cono invertido de humo y polvo, a la vez que se escuchaba una tremenda detonación.

Varios caballos, asustados, se encabritaron y arrojaron por tierra a sus jinetes. Juan giró noventa grados v disparó contra el extremo opuesto de la línea enemiga. Sin esperar a ver los efectos de su segundo proyectil, giró de nuevo en sentido opuesto e hizo fuego contra el centro.

La tierra retemblaba a consecuencia de las explosiones. Juan disparó diez cartuchos en rápida sucesión, provocando una tempestad de pánico entre los tihorianos. Sacó el cargador vacío, puso otro y lanzó una nueva ráfaga, sembrando el terror más absoluto en los atacantes.

Los tihorianos flaqueaban, a pesar de que todavía no habían sufrido bajas. Juan se había limitado a intimidarles con los disparos, habiéndolo conseguido momentáneamente. Estaban detenidos a unos trescientos metros, distancia insuficiente para sus ballestas.

—Voy a cambiar de táctica —anunció.

Los tihorianos desmontados habían vuelto a recuperar sus caballos. Juan vio que uno de ellos alzaba la mano y gritaba algo, como si fuese un general arengando a sus soldados. Había cambiado la cartuchería y, tras apuntar cuidadosamente, apretó el gatillo. El caballo del tihoriano se desplomó, fulminado.

Media docena de disparos más, derribaron otros tantos caballos. El ataque quedó así frustrado, aun antes de iniciarse. Algunos de los jinetes, aterrados, iniciaron una prudente retirada.

—Erdha, he visto unos cuantos tihorianos que se llevan varias secuestradas —dijo Juan a continuación—. Manda a la mitad de tus jinetes a rescatarlas.

—Nos lo impedirán...

—Da la orden; yo me ocuparé de protegerles —contestó él firmemente.

—Está bien.

Juan cambió nuevamente la munición de su rifle. Luego se volvió para mirar a Carlota.

—Espero tener éxito —dijo—. Si no...

—Si no, ¿qué?

—Ya no tengo más munición aquí. Sólo un cargador con proyectiles explosivos y otro con balas corrientes. No pensé tener que utilizar tanto el rifle... y Dios sabe cuándo volveremos a la psiconave.

Los tihorianos habían advertido la maniobra de Erdha y su jefe destacó un pelotón para cortar el paso a los que iban a rescatar a las secuestradas. Juan hizo fuego un par de veces, delante de los perseguidores, a fin de hacerles volver grupas. Necesitó dos proyectiles más, para que los tihorianos abandonasen sus propósitos.

—Ahora les diré que se entreguen —exclamó Erdha belicosamente—. Los llevaremos prisioneros a la capital y el toro de fuego tendrá alimento durante muchos días.

—No seas estúpida —le apostrofó Juan—. Ellos son cien todavía y podrían aniquilarnos fácilmente, si se desprendieran del miedo que les he infundido con el rifle. Mira, las prisioneras están a punto de ser rescatadas. Confórmate con lo obtenido y deja que se marchen.

—Eso sería tanto como alentarles a nuevas incursiones.

—¿Y no lo hacen continuamente? Cuando dispongas de más soldados, ataca. Ahora, deja que se vayan... Ya llegará la hora de tu desquite.

Aunque a regañadientes, Erdha acabó por acceder a la petición del joven, sobre todo porque vio a los tihorianos que emprendían la retirada. Más lejos, los hombres que habían ido al rescate de las prisioneras, cabalgaban ya hacia la capital, con las jóvenes salvadas de sus raptores.

Pasaron unos minutos. Los tihorianos no eran ya sino unos puntos negros en el horizonte. De súbito, Erdha dio una orden.

Varios pares de manos arrebataron el rifle y la mochila al joven. Antes de que pudiera ofrecer un átomo de resistencia, Juan se vio atado de nuevo a la cola del caballo de Erdha.

Sus ojos llamearon de ira, al mirar a la amazona.

—¿Así pagas el favor que te he hecho? —exclamó.

Erdha se encogió de hombros.

—Eres mi prisionero —contestó—. Y no he variado todavía de modo de pensar.

—No me lo jures. Sólo lamento una cosa, Erdha: no poder volver atrás las cosas, para entregarte yo mismo a Tihor. Hasta sería capaz de pedirle que me dejase cortarte el cuello personalmente, una vez se hubiese hartado de tus más que dudosos encantos.

La mano de Erdha, recia, pesada, se movió de revés, golpeando a Juan en la cara. El joven se desplomó al suelo.

—¡Basta! —gritó ella—. Si vuelves a insolentarte conmigo, haré que te maten en el acto. ¿Lo has oído?

Juan se incorporó un poco. Pasó sus manos por la boca y retiró un poco de sangre.

—Te he sentido, mejor que oído —contestó.

Miró a Carlota. La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas. También estaba atada a la cola de un caballo. Esforzándose por sonreír, se puso en pie.

—No te preocupes, todo saldrá bien —murmuró.

Erdha lanzó un grito estentóreo:

—¡En marcha!

La cuerda tiró de las muñecas de Juan quien trastabilló un poco. Recuperó el equilibrio y acompasó su ritmo al del caballo que montaba la poco amistosa jefe de la patrulla keliniana.

Aquella misma noche, apenas llegaron a la capital, Juan y Carlota fueron arrojados sin demasiada ceremonia a un calabozo, situado en los bajos de lo que era el edificio considerado como palacio de la reina Kelina. Una sólida puerta, de recio maderamen, reforzada con hierros, se cerró con estruendo apenas hubieron franqueado el umbral.

* * *

El calabozo, sin embargo, no carecía de un mínimo de comodidades. Constaba de dos habitaciones, una de ellas, muy espaciosa, con abundancia de pieles a guisa de lechos. Había también una mesa y un par de sillas y, sobre la mesa, un jarro de agua y alimentos, carne y fruta, principalmente.

La otra estancia, algo más pequeña, tenía una pequeña piscina, de agua templada, que se alimentaba mediante un chorrito que salía de uno de los muros y desaguaba por un orificio situado en la parte inferior. Juan divisó asimismo ropas limpias. Un par de lámparas de aceite, con un gran depósito, proporcionaban la suficiente luz para ver sin dificultades.

—Erdha envió un mensajero con la noticia de lo ocurrido —dijo —. Tal vez ello fue causa de que nos hubieran preparado un alojamiento adecuado.

—Pero no deja de ser un encierro —exclamó Carlota, desesperada.

—Tómatelo con filosofía. Mientras hay vida, hay esperanza —contestó él animosamente—. Y si conseguimos ver a Kelina, tal vez logre persuadirla de que nos respete la vida.

—Lo dudo mucho...

Juan la empujó suavemente hacia la otra habitación.

—Anda, báñate, lo estás necesitando —sonrió—. Yo iré a continuación. Luego cenaremos y mañana... —Suspiró—. Mañana, espero, sabremos cuál es la suerte que nos han destinado.

Carlota no sentía el menor optimismo. A pesar de todo, siguió el consejo de Juan y se bañó y cambió de ropajes. Media hora más tarde, vestida con una especie de túnica corta, sin mangas, regresó del baño. Juan había cenado ya y le aconsejó se alimentase. Carlota, un tanto extrañada, admitió tener apetito e hizo honor a las provisiones que le habían dejado preparadas.

La noche transcurrió sin incidencias. Sin embargo, no acudió nadie en toda la mañana.

—Espero que no se olviden de nosotros —dijo Carlota.

—No se olvidarán —aseguró él, entregado a una rara operación en su calzado.

Ella le miró intrigada. Las botas de Juan eran fuertes, recias, de media caña. Erdha no había creído conveniente quitárselas.

—En lo cual —añadió, sonriendo—, ha podido cometer un error…

—¿Qué error? —preguntó la muchacha.

—¿Se usa la moneda para el intercambio en el territorio keliniano?

—Sí. Son monedas de hierro, todas del mismo tamaño, aunque de distintos valores. Es curioso, pero en Tihor usan también la misma moneda. Yo tengo unas cuantas… Las guardé en mi cinturón como recuerdo…

—Dámelas, por favor.

Carlota tenía el cinturón bajo la túnica y se volvió de espaldas. Momentos después, Juan tenía en las manos seis discos de hierro, bastante pesados, en cada uno de los cuales había grabado un signo diferente.

Ella le explicó el valor de las monedas:

—En la Tierra —dijo—, se usa el crédito como moneda universal. Si atribuimos a éstas un valor similar, tendremos monedas de uno, cinco, diez, cien, quinientos y mil créditos. Los signos grabados lo expresan con toda claridad, Juan. Pero no entiendo para qué las quieres… No creo que puedas sobornar a nadie…

Juan sonrió.

—No pienso hacerlo, por supuesto —contestó evasivamente.

De pronto, se oyó ruido de cerrojos al otro lado de la puerta. Juan se levantó de la silla en que estaba sentado.

La puerta se abrió. Dos hombres armados aparecieron en el umbral. Erdha estaba entre ellos.

—Kelina quiere veros —dijo secamente.

—Para condenarnos a muerte —exclamó Carlota.

—Yo le he pedido algo… y creo que me lo concederá —respondió Erdha enigmáticamente—. ¡Vamos, fuera!

Juan echó a andar. De repente, al pasar junto a Erdha, levantó la

mano. Al retirarla, enseñó una moneda de diez créditos.

—Eres muy descuidada con tu dinero —dijo alegremente.

Y lanzó la moneda al amplio escote de la amazona Erdha, estupefacta, no sabía qué decir.

Uno de los soldados sacó su machete en actitud amenazadora. Juan levantó su mano. El acero se dobló blandamente, como si de repente se hubiera convertido en goma brillante.

El soldado dio un salto atrás. Erdha no pudo evitar un chillido.

—¡Eres un brujo!

—A veces —contestó Juan. Hizo otro pase y el machete se convirtió en un espléndido ramo de flores. De pronto, apuntó con el índice a la amazona—. ¿Te gustaría convertirte en un caballo?

Erdha sacudió la cabeza.,

—No lograrás convencerme —dijo—. Todo eso no es más que sugestión. Aquí, en el reino de Kelina, hay ilusionistas mejores todavía que tú. Pero conocemos muy bien sus trucos.

Juan se volvió hacia la muchacha.

—Temo haber fracasado, aun antes de empezar —dijo, resignado —. Está bien, llévanos a presencia de tu reina, Erdha.

—Seguidme —dijo la amazona secamente.

El soldado había vuelto a tener un auténtico machete en las manos. A pesar de todo, no se sentía muy seguro caminando junto a aquel hombre poseedor de una magia tan poderosa.

La pequeña comitiva ascendió por una escalera en caracol, hasta detenerse a unos veinte metros del calabozo, frente a una puerta de pequeñas dimensiones. Erdha tocó con los nudillos y aguardó unos instantes.

La puerta se abrió sin tardar demasiado. Alguien, al otro lado, dijo:

—Erdha, que pasen los prisioneros. Espera órdenes afuera.

—Sí, señora.

Juan se apoderó de la mano de Carlota. Juntos atravesaron el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas. Entonces vieron a Kelina.

CAPITULO V

Era una mujer de unos treinta y cinco años, muy hermosa, aunque de facciones un tanto bastas. Su indumentaria no podía ser más modesta; ciertamente, a no ser por el cinturón dorado que rodeaba su talle, no se hubiera diferenciado demasiado de la que había sido proporcionada a Carlota.

El pelo era castaño oscuro, abundante, recogido en un extraño peinado, con media docena de trenzas. Los ojos eran enérgicos, inquisitivos.

Durante unos segundos, Kelina guardó silencio. Luego echó a andar y dio un par de vueltas en torno a los prisioneros. Al cabo de un minuto, fue hacia un montón de pieles que había sobre una especie de estrado de piedra, se reclinó en él y agitó levemente una mano.

—Erdha me ha informado de lo sucedido estos días —dijo—. Es cierto que habéis rescatado a cinco mujeres, secuestradas por los tihorianos, pero, aun así, no estoy demasiado convencida de que no seáis espías de ese maldito Tihor.

—Señora, hice huir a más de cien tihorianos. Si fuese un espía, podría haber matado fácilmente a Erdha y al resto de su patrulla —alegó Juan.

—Psé... Tal vez te dejaste apresar, para engañarnos mejor. De todos modos, no se puede negar que nos has hecho un pequeño favor. Pero quiero comprobar si realmente son sinceras vuestras intenciones.

Carlota adelantó un par de pasos.

—Señora, nosotros, lo único que queremos, es volvernos a nuestro planeta —manifestó vehementemente—. Lamentamos el estado de las relaciones entre los dos países, pero, desgraciadamente, no podemos hacer nada por evitarlo. Lo único que te pedimos es que nos dejes libres, para volver a nuestra nave y regresar al mundo del que procedemos.

—Nunca había oído hablar a una persona como lo has hecho tú —dijo Kelina—. Quizá sea cierto lo que dices; tal vez sea verdad que procedes de otro planeta..., pero para volver allí, tendréis que cumplir mis condiciones.

—¿Por qué no las expones? —pidió Juan.

Kelina le miró penetrantemente.

—No me gustas —dijo con frialdad.

—Siento no ser más guapo, señora —sonrió Juan.

—Yo no lo lamento en absoluto. Bien, las condiciones son: ir a la capital de Tihor y traerme su cabeza. Cuando lo hayáis conseguido, os dejaré marchar a vuestro planeta.

Carlota se aterró.

—Pero, señora..., si volvemos a Tihor, nos matarán... Sobre todo, a mí; yo me escapé...

Juan extendió una mano.

—Calma, Carlota —dijo—. Lo que nos pide Kelina es muy sencillo, nada difícil de ejecutar. —Miró a la mujer—. Tendrás la cabeza de Tihor —prometió altisonantemente.

Kelina sonrió.

—Ahora ya me resultas más simpático. Pero recuerda una cosa: no quiero engaños..., o haré que calienten el toro de fuego.

—No habrá engaños —aseguró Juan.

—Bien, sé que habéis llegado bastante fatigados y que necesitáis reponeros. Para evitar posibles contratiempos, volveréis a vuestro alojamiento. Se os facilitarán alimentos y bebidas en abundancia y partiréis para Tihor cuando yo lo disponga. ¿Entendido?

Juan se inclinó profundamente.

—Somos tus humildes servidores —murmuró.

Carlota rebosante de indignación, fue a decir algo, pero vio en la actitud de Juan ciertos signos que le indicaron la conveniencia de guardar silencio. Imitando al joven, hizo una profunda inclinación y luego se encaminó hacia la puerta.

Cuando ya iban a salir, Kelina llamó la atención de Juan:

—Erdha tiene instrucciones peculiares respecto a ti, Juan. Síguelas al pie de la letra o lo pagarás caro.

—Sí, señora.

Erdha y los soldados aguardaban en la puerta. Kelina dio una orden:

—Haz que tus hombres los devuelvan a su alojamiento, Erdha. Tú, quédate; quiero hablar contigo.

—Bien, señora.

Un par de minutos más tarde, Juan y Carlota se hallaban de nuevo en el encierro. Juan advirtió que había provisiones frescas en abundancia.

—Vamos a comer, Carlota —propuso.

Ella se volvió furiosa.

—Juan, no sé cómo puedes ser así —exclamó—. Kelina nos ha puesto en un aprieto, del que dudo mucho podamos salir...

El joven rió suavemente, mientras tomaba una fruta muy semejante a una manzana terrestre.

—¿De verdad —preguntó en voz baja—, de verdad has podido creer por un momento que pienso llevar a cabo ese disparatado plan de ir a Tihoria y traerme la cabeza de su sultán asesino?

Carlota se quedó con la boca abierta.

—Oh... —murmuró.

—Cuando nos suelten, fingiremos ir en busca de la cabeza de Tihor. Pero lo que haremos en realidad es buscar nuestra psiconave y largarnos de vuelta a la Tierra sin pérdida de tiempo.

—Supón que nos siguen...

—Tarde o temprano, tendrán que abandonarnos y dejarnos solos. No pueden llegar con nosotros hasta la capital de Tihor. No son tontos, ¿comprendes?

Carlota suspiró largamente.

—Ojalá sea como dices —deseó fervientemente.

* * *

Había anochecido ya, cuando se abrió la puerta del calabozo.

Juan y Carlota se volvieron al mismo tiempo. Un soldado movió la mano.

—Sígueme, Juan; Erdha quiere hablar contigo —dijo.

Carlota adelantó un paso.

-¿Y yo?

—Te quedarás aquí. Vamos, Juan.

El joven oprimió afectuosamente la mano de Carlota. Luego, con paso firme, echó a andar hacia la puerta.

Esta vez, Juan fue conducido a lo largo de otro pasillo, hasta llegar a una escalera distinta. Después de subir unos cuarenta peldaños, el soldado se detuvo ante una puerta.

—Aquí es —dijo—. Llama.

Juan obedeció. La puerta se abrió a los pocos instantes.

—Pasa —exclamó Erdha.

Juan cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. La habitación estaba dividida en dos mitades por una gran cortina amarilla, hecha de un tejido muy grueso. En dos paredes opuestas había sendas lámparas de aceite.

Había una mesa y dos sillas. Sobre la mesa, divisó platos con comida. También había una damajuana que supuso llena del fuerte vino nativo. A Erdha, en cambio, no se la veía.

—Ven, Juan —llamó Erdha.

El joven empezó a comprender lo que se quería de él. Cuando descorrió la cortina, comprobó que sus sospechas se habían convertido en certidumbre.

Erdha estaba tendida sobre un enorme lecho de pieles, completamente desnuda. Sonreía al mirar a su huésped.

—¿No te lo esperabas? —preguntó.

Juan guardó silencio unos instantes.

—Kelina me indicó que tenías ciertas instrucciones respecto a mí y que debía seguirlas puntualmente —dijo al cabo.

—O atenerte a las consecuencias.

—Sí.

—Entonces..., ¡ven!

Juan dudó un momento. Ciertamente, no se podía negar un extraño atractivo en Erdha. Era joven y robusta, pero muy atractiva, si se pensaba en ella únicamente como hembra. Por otra parte, si no accedía a su petición, podía sucederle algo desagradable.

Y, finalmente, y aparte de que nunca le había desagradado una aventura amorosa con una mujer bonita, debía pensar en las confidencias que podía arrancar a Erdha más tarde.

Sonrió y empezó a desvestirse.

—Con mucho gusto —dijo.

* * *

Habían pasado un par de horas. Erdha, sin molestarse en cubrir su desnudez, volvió del baño contiguo. Juan estaba sentado ante la mesa, comiendo algo de carne fría. Erdha se sentó en un ángulo de la mesa, sonriendo satisfecha.

—Me alegro que Kelina no te haya querido para sí —dijo.

—Yo también —contestó Juan, con la mano derecha sosteniendo un cuenco de barro cocido, lleno de vino—. Supongo que no habría podido resistirme.

—No, aunque ella, moralmente, no podía disputarme tu compañía. Yo te había capturado, ¿comprendes?

—Soy tu presa, claro. ¿Hasta cuándo?

—Tienes que ir a Tihoria, recuérdalo.

Juan chasqueó los dedos.

—Ah, sí, lo había olvidado —exclamó—. Pero no se me ocurre cómo puedo cortar la cabeza a Tihor. ¿Tiene tú alguna idea al respecto?

Erdha hizo un gesto negativo.

—Tendrás que arreglártelas por ti mismo —dijo—. Aunque, en tu lugar, yo contaría con la ayuda de Carlota.

—¿Cómo?

—Carlota está destinada a ser esposa de Tihor. Hazte pasar por su hermano. Así podrás llegar a las habitaciones de ese asesino.

Juan se frotó la mandíbula.

—No está mal pensado —dijo—. Mientras Tihor goza de los encantos de mi «hermana», yo entro, le apuñalo primero y luego le corto el pescuezo. Pero, dime, ¿cómo escapamos después?

—Podéis usar la catapulta. Siempre está preparada.

El joven puso cara de idiota.

—¿Ca...tapulta? ¿Qué es eso?

—Un invento del padre de Tihor. A veces, colocan a un condenado a muerte en la catapulta y lo lanzan a dos o trescientos

pasos. O más, según el capricho de ese forajido. Pero la catapulta tiene un alcance de hasta cinco mil pasos.

Juan se aterró al oír aquella cifra. Representaban cuatro o cuatro kilómetros y medio, al menos.

—Nos estrellaremos contra el suelo —exclamó.

—No. También usan la catapulta para divertirse, como una especie de deporte. Entonces, el que juega, se pone una especie de paracaídas y pide el máximo de tensión en los mecanismos de lanzamiento. El ganador, naturalmente, es el que llega más lejos... porque retarda más el momento de la apertura del paracaídas. Por eso algunos fallan, por demasiado audaces, y se estrellan contra el suelo.

—Y esa catapulta... está siempre dispuesta....

—Siempre. Hay un cobertizo al lado, con los paracaídas, pero no está vigilado.

Juan entornó los ojos.

—Sabes muchas cosas del país vecino —comentó.

Erdha se echó a reír y sus pechos se agitaron con la risa.

—Al cabo de los años, hay pocas cosas que no sepamos los unos de los otros —contestó. De pronto, alargó una mano y se apoderó del brazo de Juan—. Ven —dijo.

—¿Adónde, Erdha?

—No seas ingenuo. Demasiado lo sabes.

Inesperadamente, Erdha se lanzó sobre Juan y, antes de que él pudiera resistirse, lo alzó en sus fuertes brazos y se lo llevó al lecho de pieles. Juan cerró los ojos; le parecía hallarse en poder de una *mantis religiosa,* que iba a devorarlo antes de que llegase el nuevo día.

* * *

Juan fue devuelto a su primitivo alojamiento dos días más tarde. Carlota le miró burlonamente. Las ojeras que aparecían en el rostro del joven indicaban sobradamente lo ocurrido.

—Te has divertido, supongo.

Juan se dejó caer sobre una silla.

—No puedo negarlo —contestó—. Esa mujer era insaciable. Por fortuna, Kelina le ordenó ejecutar otra misión.

—Y gracias a ello, estás vivo —dijo Carlota irónicamente.

—Pero también he averiguado cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo...?

—Erdha me sugirió un plan para acabar con Tihor. Naturalmente, tú tienes parte en él, aunque de sobra sé que te negarás.

—Si no me lo explicas, no podré contestarte en un sentido u otro —dijo la muchacha, picada.

—Tienes que convertirte en esposa de Tihor. Yo pasaré por tu

hermano. En la noche de bodas, entraré en el dormitorio y lo mataré.

Carlota se espantó de aquella declaración.

—Pero ¿de veras piensas convertirte en un asesino? ¿Crees que yo voy a tolerar que ese cerdo me ponga las manos encima?

—No, mujer, claro que no —contestó él de buen humor—. Solamente repito lo que me dijo ella. Pero nuestro plan auténtico es el de buscar la psiconave y largarnos de este maldito planeta cuanto antes.

—Eso ya está mejor. —Carlota le miró con simpatía—. ¿Cuándo partimos, Juan?

El joven se dirigió a uno de los camastros, en el que se tumbó inmediatamente.

—Ya nos avisarán —respondió, a la vez que cerraba los ojos.

El aviso llegó tres días más tarde. Kelina ordenó fueran conducidos a su presencia.

—Oficialmente, seréis evadidos de mi territorio, después de haber asesinado a un par de soldados. Se os proporcionarán caballos y provisiones. Hay una semana de marcha hasta los límites del territorio de Tihor y bastará que cabalguéis rectamente hacia el norte, hasta avistar una montaña de no demasiada elevación, con tres cumbres casi gemelas. Esa montaña señala la frontera. ¿Entendido?

—Sí, señora —contestó Juan.

Kelina sonrió.

—Realmente, ha sido una suerte teneros con nosotros. Os aseguro que no tendréis motivos de queja hacia mí, después de que me hayáis traído la cabeza de Tihor.

Agito una mano.

—Os deseo suerte —les despidió.

Cuando terminaban de aprestar el equipo, Juan meneó la cabeza.

—Hay algo que no me gusta en todo esto —murmuró.

—Sospechas que Kelina quiere tendernos una trampa, ¿eh?

—No sé... Por si acaso, mantendremos los ojos muy abiertos durante todo el viaje. ¿Sabes?, a Kelina sólo le ha faltado bailar la danza de los siete velos.

—Como Salomé, cuando pidió la cabeza de Juan el Bautista.

—Exacto.

Carlota soltó una risilla.

—Quizá Erdha bailó esa danza —comentó.

Juan soltó un gruñido.

—No me la recuerdes —refunfuñó.

—No lo pasaste tan mal, me parece.

—Hay cosas que se pueden hacer por obligación. A la larga, repugnan. ¿Estás lista?

—Sí.

Juan montó a caballo. Era una experiencia nueva para él, aunque, por fortuna, se trataba de animales muy domados.

Estaban en uno de los patios de la residencia de Kelina. Un soldado abrió la puerta y, sin perder tiempo, Juan y la muchacha se lanzaron a campo abierto.

CAPITULO VI

Tres días más tarde, Juan detuvo su montura y señaló un punto determinado en el horizonte.

—Creo que nos siguen, Carlota —dijo.

Ella fijó la vista en el lugar indicado por el joven, pero no vio nada.

—Te sientes aprensivo —opinó.

—Demasiadas facilidades —contestó él—. Ya te dije que no estaba seguro de que no nos tendieran un lazo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella, muy desanimada.

—De momento, les seguiremos el juego. Vamos a llegar hasta el pie de la montaña de las tres cumbres. Entonces, desapareceremos. Créeme, no volverán a vernos en la vida.

—De acuerdo.

La ruta que seguían les desviaba considerablemente del camino que conducía a Tihor, pero Juan no quería abandonarla prematuramente. Kelina era lo suficientemente astuta, estimó, para no haber desplazado previamente patrullas que vigilaran a los dos mensajeros de muerte. Aquella misma noche, después de cenar, Juan divisó una chispita roja hacia el oeste.

—Tenemos una patrulla a menos de dos kilómetros —anunció con naturalidad.

Carlota le dirigió una mirada interrogante.

—Tranquila —sonrió él—. Aún tenemos tres días de marcha. Entonces será llegada la hora de la decisión.

Las jornadas sucesivas transcurrieron con entera normalidad. Pero Juan había confirmado sus sospechas. Sí, eran seguidos constantemente... y por los dos flancos.

Incluso debía de haber una tercera patrulla en retaguardia. De todos modos, aún era pronto para intentar la evasión.

Al término de la semana de viaje, acamparon al pie de la montaña de las tres cimas.

—Mañana —dijo Juan escuetamente.

Mucho antes de que amaneciera, ya estaban en pie. Juan ensilló los caballos y, sin detenerse siquiera a tomar un bocado, emprendieron la marcha a todo galope hacia el este.

Una hora más tarde, ya con suficiente luz, al terminar la travesía de un angosto barranco, vieron a unos jinetes que les cerraban el paso.

Carlota lanzó un grito de espanto. Juan lamentó que no le hubieran devuelto el rifle.

—Les habría barrido con media docena de disparos...

A diez metros delante de ellos, Erdha sonreía burlonamente.

—Kelina tenía razón —dijo—. Ella supo desde el primer momento que ibais a traicionarnos.

—Erdha, déjanos pasar —suplicó Juan—. No queremos tomar parte en vuestras disputas...

—Volved sobre vuestros pasos. Debéis cumplir la misión encomendada.

—¿Y si nos negamos? —exclamó Carlota, desesperada, pero también desafiante.

Erdha movió una mano.

—Tengo seis ballestas preparadas detrás de mí. En diez segundos, puedo convertir vuestros cuerpos en acericos —contestó.

Hubo un instante de silencio. Repentinamente, la sonrisa se congeló en los labios de Erdha. Al mismo tiempo, lo que había anunciado podía hacer con los terrestres se cumplía en su propio cuerpo.

* * *

Horrorizada, Carlota divisó media docena de palitos que habían aparecido en el pecho y la cintura de Erdha como por arte de magia. Al mismo tiempo, percibió una serie de oscuros silbidos.

Se oyó un alarido desgarrador. Uno de los jinetes de Erdha se desplomó, con el cuerpo atravesado por tres o cuatro saetas. Otro cayó, con dos proyectiles clavados en la frente. Otro más quiso disparar su ballesta, pero tres saetas atravesaron su cuello simultáneamente, arrancándolo de la silla de su caballo.

Los cuadrúpedos, asustados, se encabritaron, a la vez que relinchaban agudamente. Tres jinetes, dos mujeres y un hombre, viéndose perdidos, intentaron una desesperada fuga, pero casi en el acto fueron acorralados por medio centenar de tihorianos, que habían surgido casi fantasmagóricamente de la vegetación que abundaba a la salida del barranco.

—Juan, tenemos que escapar —exclamó Carlota, aterrada.

El joven volvió la cabeza. Treinta o cuarenta jinetes galopaban hacia ellos por el otro extremo del barranco. La huida era imposible.

—Será mejor que levantemos las manos —dijo, resignado.

Con cierta tristeza, contempló el cuerpo inerte de Erdha. Aquella mujer había vibrado de pasión en sus brazos una semana antes. Ahora ya no era más que un montón de carne yerta, sin sombra de ardor en sus venas, que se vaciaban por las heridas causadas por las saetas.

Un jinete, ataviado con cierta distinción, llegó junto a ellos y les miró fijamente.

—¿Qué hacéis aquí, en territorio tihoriano? —preguntó.

—Lo siento, es algo que ignorábamos —contestó Juan.

A lo lejos, se desarrollaba una violenta lucha. Juan ignoró los acontecimientos que no se producían en el lugar en que se hallaba.

—Os llevaré a nuestra ciudad —dijo el jinete—. Tihor decidirá sobre vuestra suerte.

—Pero, señor, nosotros no somos kelinianos...

—¡Basta! —cortó el sujeto brutalmente—. Atadles las manos a las sillas.

Dos jinetes saltaron de sus respectivas monturas y corrieron a cumplir la orden. Juan volvió la cabeza y divisó lágrimas en los ojos de Carlota. La muchacha había escapado una vez y había vuelto a ser capturada. Era fácil adivinar los tristes pensamientos que afligían su ánimo.

En cuanto a él, ¿cuál sería su suerte? ¿El toro de fuego? ¿Un saltito en la catapulta?

Los otros jinetes regresaban, trayendo prisioneros a los tres fugitivos, amarrados como salchichones y atravesados en sus respectivas monturas. El hombre que mandaba la partida se encaró con su jefe:

—Sphyttin, ¿qué hacemos con estos tres kelinianos?

—Los llevaremos a la capital —decidió el interpelado.

—Hay dos mujeres bastante hermosas...

—Si Tihor no las quiere para su lecho, serán vuestras apenas lleguemos.

De pronto, Sphyttin taloneó a su caballo hasta situarse junto al que montaba Juan.

—A ver, tú, abre la boca —ordenó perentoriamente.

—¿Eres médico? —se burló el joven.

—Haz lo que te digo o mandaré que te azoten hasta que se vean tus costillas. ¡Obedece!

Juan se resignó y abrió la boca todo lo que le fue posible. Estoicamente, tuvo que soportar el dedo que Sphyttin introducía en sus fauces, para pasearlo por .el paladar, sin comprender en absoluto las intenciones del sujeto.

Al fin, Sphyttin hizo un gesto con la mano.

—No, no eres lo que pensaba —dijo—. Con los kelinianos hay que andarse con cuidado, ¿sabes?

—Pues... no, pero si tienes la bondad de explicármelo... ¿Qué es lo que yo no soy, honorable señor?

—¡Brujo! —rugió Sphyttin—. Todos los miembros de esa repugnante profesión se hacen tatuar una línea en zigzag, en el velo del paladar, para poder identificarse entre ellos. En Kelinia aún hay brujos, pero en nuestro país los exterminamos hace muchos años..

—Oh... Te aseguro sinceramente que no tengo la menor idea de

lo que es la brujería. Jamás se me hubiera ocurrido hacer un conjuro...

—¡Basta de charla! No eres brujo, pero tampoco te alegres demasiado. Tihor decidirá lo que se debe hacer contigo. Y con tu acompañante, claro.

—Una cosa es segura, Sphyttin. No somos espías...

—No sigas. Eso lo decidirá Tihor. ¡En marcha!

Juan cambió una mirada con la muchacha, que aparecía pálida y amedrentada. En realidad, no se le ocurría nada que pudiera darle ánimos. Ciertamente, aquella situación no era precisamente algo que permitiera mirar el porvenir con optimismo.

* * *

Dos días más tarde, entraron en la capital.

Juan apreció que los estilos arquitectónicos eran muy similares: bloques y losas de piedra granítica, ajustados sin necesidad de mortero y argamasa, para componer casas de forma cúbica y un par de pisos a lo sumo. Las calles eran rectas, amplias, y se cruzaban perpendicularmente, formando una cuadrícula de dimensiones perfectamente regulares.

Al menos, reconoció, pese a su salvajismo, los tihorianos eran limpios. Había numerosos regatos de agua en las calles y en ninguna de las corrientes vio el menor signo de suciedad. Era un perfecto sistema de abastecimiento de aguas, aunque era preciso entrarla en las casas por medio de cubos. Sin embargo, pensó que las personas de posición tendrían su propio suministro de agua, tal como sucedía en la residencia de Kelina.

La comitiva era acogida con gritos de alegría por las gentes que se encontraban a su paso por las calles. Para los prisioneros había insultos y amenazas. Sphyttin, a la cabeza de la columna, cabalgaba como el general triunfador de una terrible y difícil campaña.

Juan y Carlota marchaban inmediatamente después de Sphyttin. De repente, desembocaron en una gran plaza, en cuyo centro se veía un tétrico monumento.

Era un colosal toro de metal, de no menos de seis metros de altura desde las patas a la cruz. Su largo era de ocho metros por lo menos y el diámetro de su cuerpo alcanzaba los cuatro metros. El estilo era muy primitivo, pero tremendamente impresionante.

El animal tenía la cabeza levantada y la boca abierta, una abertura por la que cabía sin dificultad el cuerpo de un hombre. Entre las patas se veía un gigantesco cuenco de metal, vacío en aquel momento.

Todo el conjunto se hallaba sobre un pedestal en forma de pirámide, con unos cuarenta escalones, de modo que las patas del toro quedaban a un nivel muy superior al de la plaza. Juan calculó que, de

este modo, los espectadores podrían presenciar perfectamente la ejecución de los prisioneros.

«Y, seguramente, lo pasarán en grande oyéndoles chillar», pensó amargamente.

Frente al toro había un gran edificio, con una terraza que daba directamente a la plaza. Varios hombres estaban en ella, presenciando la llegada de los expedicionarios con sus prisioneros. Sphyttin detuvo su montura y levantó la mano izquierda.

—Te saludo, señor —clamó—. Traigo cinco prisioneros, tres de ellos guerreros kelinianos. Los otros dos, posiblemente, son espías. Tuya es la decisión acerca de la suerte que deben correr, señor.

Juan fijó la vista en el bárbaro que reinaba en aquel territorio. Aunque Tihor estaba a una docena o más de metros de distancia, le sorprendió su gigantesca corpulencia. Inmediatamente, pensó en Harrish, el sirviente personal de Ravenstock. Al lado de Tihor, Harrish habría parecido casi un pigmeo.

Tihor era, además, tremendamente fornido. Pese a su gigantesco volumen, no daba sensación alguna de flojedad. Se preguntó si habría caballo que pudiera soportar su peso, sin que se le quebrase el espinazo antes de recorrer veinte pasos.

—Gracias por tu obsequio, Sphyttin —dijo Tihor con vozarrón de trueno—. Envíame a los espías. En cuanto a los guerreros de Kelina, haz que los encierren. Ya dispondré oportunamente lo que se debe hacer con ellos.

—Señor, si no quieres las mujeres, mis hombres…

—Basta —cortó Tihor con brusquedad—. Si quieren mujeres, que se las busquen. Ya he dado mis órdenes y a ti te toca cumplirlas.

—Sí, señor.

Juan observó que ni uno solo de los guerreros emitía el menor murmullo de protesta. Tihor tenía un gran ascendiente sobre ellos, posiblemente debido más al terror que a un verdadero sentimiento de afecto.

Dos de los soldados cortaron las ligaduras que sujetaban sus muñecas a las sillas. Juan y Carlota fueron obligados a desmontar y conducidos luego sin ceremonia alguna al interior del palacio. Los otros prisioneros fueron arrastrados en otra dirección, sin que nadie hiciera el menor caso de sus chillidos y lamentos.

* * *

Los dos terrestres estaban en el centro de una enorme sala, en la que había un estrado, con un sillón de granito, adornado con algunas pieles. Detrás del sillón había un círculo de madera pintada de azul, con los bordes dorados. En el centro se veía un extraño signo. Juan calculó que aquella figura correspondía a la T del alfabeto terrestre.

Varios hombres entraron de repente por una puerta lateral, siguiendo a Tihor. El gigantesco individuo ocupó su asiento en aquel rudimentario trono y miró de hito en hito a la muchacha.

—Eras mi prisionera y escapaste —dijo—. ¿Por qué?

—Imagínatelo —contestó Carlota altivamente. Pensaba en lo peor y no quería dar una muestra de debilidad.

—Ser la esposa del rey constituye un alto honor —bramó Tihor —. ¿No pensaste en ello?

—Si, a la semana, vas a cortarme el cuello, ¿de qué me sirve el honor?

Tihor lanzó una estruendosa risotada, a la vez que se palmeaba ruidosamente los muslos, gruesos como troncos de olivo centenario.

—Muy buena respuesta —dijo, mientras su enorme corpachón se agitaba a impulsos de la hilaridad—. Pero esa es la ley de mi reino y nadie la puede desacatar. Hoy terminan los siete días de mi última esposa; mañana, después de la fiesta que daré para todo el pueblo, nos casaremos. Fíjate si te considero bien; hay una docena de mujeres por delante de ti, pero haré correr un turno en tu honor. ¿Qué te parece?

—Denigrante —respondió Carlota sin vacilar.

—Como quieras, pero mañana serás mi esposa. —De pronto, Tihor fijó la vista en el joven—. Tú, ¿qué eres? —preguntó.

—Tu más obediente servidor, señor —contestó Juan, inclinándose profundamente.

—No es un brujo, señor —indicó Sphyttin, que formaba también parte del séquito de Tihor—. Lo he comprobado yo mismo.

—Lástima —dijo el gigante—. Nos divertiríamos mucho contigo... La verdad, no sé qué hacer con un tipo como tú...

—Si quieres divertirte, yo puedo indicarte la forma, señor — exclamó el joven.

Tihor se inclinó un poco hacia adelante.

—Dime —pidió escuetamente.

—Soy un espía, lo admito. Deseo que me lances con tu catapulta.

Tihor respingó.

—Estás loco —gruñó.

—Loco, no, señor; pero le tengo un pánico terrible al toro de fuego. Prefiero volar dulcemente un momento y acabar luego de un golpe, sin sufrimientos.

Tihor volvió a refunfuñar.

—Me lo pensaré —rezongó—. Mientras tanto... Sphyttin, ocúpate del alojamiento de esta pareja.

Los ojos del gigante recorrieron codiciosamente la atractiva silueta de la muchacha.

—Sí, mañana serás mi esposa —añadió, con acento que hizo

estremecer de horror a Carlota—. Pero, quién sabe?, la ley me autoriza también a respetar la vida de una esposa que me agrade... A fin de cuentas, todavía no he tenido sucesor... y si me gustas tanto como espero, permitiré que seas la madre de mi heredero. ¿Has entendido?

Tihor agitó una mano.

—Anda, Sphyttin, llévatelos —concluyó.

Momentos después, Juan y Carlota estaban encerrados en una habitación, ante cuya puerta dejó Sphyttin un centinela armado con una ballesta de repetición. Abrumada, Carlota se sentó en una silla, ocultó la cabeza entre las manos y rompió a llorar.

CAPITULO VII

En la habitación, bastante parecida a la que habían ocupado en la residencia de Kelina, había bebida y alimentos. Juan dejó que la muchacha se desahogara en el primer momento Mientras tomaba unos bocados, reparó en que la puerta de su encierro era algo diferente de la que había conocido hasta aquel momento.

Aquella puerta tenía un ventanuco, a fin de que el centinela pudiera vigilar a los prisioneros. Juan tenía ideas muy definidas acerca de lo que debía hacer y empezó a pensar en que ya era hora de poner en práctica su plan.

Los tihorianos tenían una cosa buena: no le habían registrado. Acercándose al ventanuco, hizo saltar las monedas que Carlota le había dado, hasta que el tintineo atrajo la atención del vigilante.

—¿Quieres que encargue te compren alguna cosa? —preguntó el tihoriano.

—No, gracias, por ahora, no necesito nada... ¿Cómo te llamas?

—Zuthor. —Los ojos del sujeto contemplaron ávidamente las monedas que bailaban con rápidas alternativas de una mano a la otra —. Si quieres que te compre algo... —insistió.

Juan escrutó penetrantemente el rostro de Zuthor. Era de su misma edad, aproximadamente. Debía intentarlo, se dijo. No perdía nada.

—Zuthor —dijo de súbito—, ¿tú apruebas la ley tihoriana?

El soldado volvió la cabeza a un lado.

—Se la inventó el padre de Tihor —murmuró en voz baja.

—No, ése fue su abuelo. Pero a los brujos nadie les tenía simpatía. En cambio... Cuando no encuentra tihorianas, recurre a las nativas. Y nadie puede oponerse a sus deseos o acaba en el toro de fuego.

—Ya —murmuró Juan—. De todos modos, me figuro que habrá descontentos...

—Si Tihor no nos tuviese a nosotros, ya no sería rey. —Zuthor miró aprensivamente a derecha e izquierda—. Pero no quiero seguir hablando de este asunto. Es peligroso.

Juan sonrió.

—Tengo alrededor de mil seiscientos créditos —dijo—. ¿Cuál es tu salario mensual?

—Cuarenta —respondió Zuthor.

—Ese dinero será tuyo si haces lo que te diga… Y puedo asegurarte que nadie lo sabrá excepto tú y yo, Zuthor.

Juan empezó a hablar. Al cabo de un rato, Zuthor meneó la cabeza.

—Demasiado arriesgado —calificó.

—Piensa en las mujeres muertas y, más todavía, en las que pueden morir.

Juan regresó junto a la mesa. Carlota le miró asombrada.

—¿De qué hablabas con el centinela? —preguntó en voz baja.

—Te lo diré más tarde… si él me llama —contestó Juan con acento intrascendente.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Zuthor se acercó a la mirilla.

—Juan —llamó con un siseo apenas audible.

El joven se puso en pie y guiñó un ojo.

—Ya es nuestro —dijo.

* * *

Cerca del mediodía siguiente, Juan y Carlota, con una fuerte escolta, fueron conducidos a la terraza que daba a la plaza principal. La muchacha se espantó al ver el enorme cuenco situado bajo el toro de metal, repleto de brasas ardientes.

Frente a la cabeza del toro se había levantado una especie de andamio, con una escalera para acceder a la plataforma superior. De cuando en cuando, algunos soldados, provistos de pinzas situadas al extremo de una larga pértiga, arrojaban gruesos troncos al enorme brasero, para mantener el fuego vivo constantemente.

Tihor puso una de sus manazas sobre el hombro de la muchacha.

—Ahora van a dar principio las fiestas de nuestra boda —exclamó ruidosamente—. Tú, espía —se volvió hacia Juan—, mira bien y alégrate de que haya decidido verte volar lanzado por la catapulta.

Juan se puso una mano en el pecho, para efectuar una cortesana reverencia.

—Mientras dure mi vuelo, murmuraré palabras de gratitud hacia ti —prometió.

Carlota estaba a punto de desmayarse. De repente, se oyeron en

el interior del palacio unos atroces chillidos.

Tihor rió con su estruendo habitual.

—Más chillarán dentro de unos momentos —dijo alegremente.

Las dos amazonas y el jinete fueron arrastrados al exterior, debatiéndose ferozmente para soltarse de sus guardianes. Pero cada uno de ellos estaba sujeto al menos por cuatro soldados y todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Juan se fijó en un detalle que estimó sumamente revelador. Toda la plaza estaba rodeada por un espeso cordón de soldados, en doble fila. Había una gran muchedumbre, pero no salía una sola voz ni un solo grito de los miles de gargantas. Juan adivinó en el acto lo que sucedía. Los gritos de júbilo con que habían sido recibidos la víspera, no se debían tanto a la alegría causada por la captura de unos prisioneros, como por la vuelta de los expedicionarios.

Lo cual venía a confirmar ciertas partes de la conversación sostenida con Zuthor la víspera. No, Tihor no era tan apreciado por los suyos como creía.

Los cautivos fueron izados en volandas a la plataforma. Una de las amazonas fue la primera en ser arrojada a través de la ardiente bocaza del toro, cuyo vientre estaba ya enrojecido. Horrendos sonidos brotaron a través de aquella abertura y se repitieron cuando los otros dos prisioneros corrieron la misma suerte. De la boca abierta del toro brotó una nauseabunda humareda. El olor casi hizo desmayar a Carlota.

Los alaridos de los supliciados no duraron demasiado tiempo. El horrible calor que reinaba en el interior de aquel horno de metal los ahogó en pocos segundos. Macabramente, Juan se preguntó quién sería el encargado de extraer del interior del toro tres montones de carne carbonizada.

—Bien —exclamó Tihor de pronto—, fin de la primera parte. Ahora, vamos a la catapulta.

* * *

Carlota no confiaba demasiado en los planes del joven, pero decidió que era la única forma que tenían para escapar de aquel sangriento territorio. A pesar de todo, se espantó cuando vio la gigantesca catapulta, instalada en el patio posterior de la trasera del palacio.

Era un artefacto colosal, de más de sesenta metros de altura, sólidamente construido, y con una rampa ascendente en su cuerpo central. Bien encerada, para facilitar el deslizamiento. En realidad, era más bien una enorme ballesta, cuya cuerda se tensaba por medio de unos molinetes, reciamente anclados al suelo y manejados cada uno por cincuenta hombres, tal era la tensión que debía tener la catapulta

en el momento del disparo.

La catapulta había sido graduada ahora para una distancia de unos quinientos metros. Dada la inclinación de la rampa, era presumible que la persona lanzada por aquel diabólico artilugio alcanzase una altura no inferior a los trescientos metros. Las consecuencias de la caída eran fácilmente imaginables.

Varios hombres se apoderaron de Juan y lo condujeron a la base de la catapulta. Apoyada en la cuerda, había una especie de plataforma, con un soporte para los pies. De repente, Juan lanzó un agudo chillido:

—¡No, no quiero...!

—Vamos, estúpido —tronó Tihor—. ¿Prefieres que calienten de nuevo el toro de metal?

—No, no...

El grito de Juan se alejó rapidísimamente, cuando el propio Sphyttin soltó el retén que mantenía la tensión. Varias decenas de pares de ojos contemplaron complacidamente la revoloteante parábola que describía aquel cuerpo antes de estrellarse contra el suelo, a medio kilómetro de distancia.

—Bien —dijo Tihor—, al menos, ha muerto satisfecho. Preciosa —se volvió hacia Carlota—, se me ha ocurrido una idea para celebrar nuestra boda. ¡Sphyttin, trae dos paracaídas con sus arneses! Ordena que tensen al máximo la catapulta.

Sphyttin se quedó estupefacto al escuchar aquella orden.

—Dos... arneses...

—Sí, estúpido. ¿Es que no lo comprendes? Mi esposa y yo volaremos por los aires, para escondernos hasta el atardecer en la orilla del río.

—Oh, señor, comprendo —dijo Sphyttin, sonriendo maliciosamente.

Tihor pasó un brazo por los hombros de Carlota.

—Amor sobre la hierba fresca y junto a una corriente de agua cristalina... No hay nada que se le pueda comparar en este mundo —exclamó alborozadamente.

Sphyttin y unos cuantos soldados volvieron con sendos paracaídas y ayudaron a colocar los arneses en los cuerpos de la pareja. Mientras, otros preparaban el dispositivo de lanzamiento.

Minutos más tarde, todo estaba listo para la operación. Tihor se tumbó en la plataforma, con los pies apoyados en el soporte. Carlota se colocó sobre él, con el talle rodeado por los fuertes brazos del gigante. —Cuando queráis —ordenó Tihor. Sphyttin soltó el retén y la ballesta, a su máxima tensión, disparó dos cuerpos al aire.

* * *

Escondido entre los árboles que crecían junto a la orilla del río, Zuthor vio dos cuerpos que volaban vertiginosamente a gran altura. De repente, contempló la separación de los dos cuerpos. Los paracaídas se abrieron segundos más tarde.

—¡Esto es un milagro, Juan! —gritó Carlota, mientras se balanceaba, pendiente de las cuerdas del paracaídas.

—Nada de milagro, un poco de astucia… Un mucho de sugestión y la idea que me dio Sphyttin, al examinarme el paladar.

Ella asintió. El plan había resultado perfecto. Si Zuthor les aguardaba en el lugar acordado…

Cuando estaban a unos cincuenta metros del suelo, vieron salir a un hombre de la espesura. Juan tocó tierra el primero y corrió para ayudar a la muchacha en su aterrizaje. Zuthor se les acercó, presuroso.

—No acabo de entender cómo lo has conseguido —dijo, pasmado de asombro.

—En tu país ya no hay brujos, pero yo lo soy —contestó el joven alegremente. Y, como viera que Zuthor, amedrentado, retrocedía un paso, procuró tranquilizarlo—: Cálmate, soy un brujo bueno. Tihor ha muerto.

—¿Ha muerto? —repitió el soldado.

—Se ha hecho tortilla contra el suelo, después de un vuelo de quinientos metros. —Juan se volvió hacia la muchacha—. Carlota, quizá pienses que me he tomado la justicia por mi mano…

—Has hecho lo que debías, Juan.

—Gracias. —El joven suspiró—. La verdad es que me costó un tremendo esfuerzo de concentración mental, para hacerles ver cosas que no eran la realidad que esperaban contemplar.

—Así, cuando creían que tú saltabas por los aires, era Tihor el que volaba.

—Sí. Me supongo la sorpresa del tipo, al ver que sus propios hombres le colocaban en la rampa de lanzamiento, sin que nadie hiciese el menor caso de sus protestas. Luego, naturalmente, creyeron que yo era él…

Carlota sonrió.

—Y que deseabas celebrar tu noche de bodas a la orilla del río. —Se volvió hacia Zuthor—, Sospecho que, a partir de ahora, os vais a sentir mucho más tranquilos en el país.

—Eso pienso yo también —admitió el nativo—. La tiranía de Tihor se había hecho ya insoportable…

Juan miró a lo lejos. Pronto iría alguien a recoger el cadáver del hombre que había sido lanzado por la catapulta y se encontraría con una sorpresa poco agradable. Aunque, bien mirado, para la mayoría, tal como había podido comprobar durante la ejecución de los prisioneros, la noticia resultaría muy satisfactoria.

Carlota apoyó una mano en su brazo.

—Hemos de marcharnos, Juan —murmuró.

—Sí. —Juan fijó la vista en el nativo—. Zuthor, mientras vivamos, te tendremos siempre en la memoria.

—Ha sido un placer, y bien pagado además —contestó el soldado—. Venid, los caballos están dispuestos.

Carlota se sentía un tanto aprensiva.

—¿No tendrá esto consecuencias negativas para ti, si llegan a sospechar algo, Zuthor? —preguntó.

—No, porque lo he hecho durante mi período de descanso semanal —respondió el interpelado—. Hasta mañana, a primera hora, no tengo que entrar de servicio. Nadie me echará en falta en todo este tiempo.

—Mejor así —dijo Juan, muy aliviado.

Los caballos estaban al otro lado de un bosquecillo de árboles semejantes a chopos terrestres. Juan vio con agrado que Zuthor, incluso, había preparado un par de bolsas con comida.

Agradecido, estrechó la mano del soldado.

—Adiós, Zuthor.

—Buena suerte —les deseó el nativo.

Juan ayudó a Carlota a trepar a la silla de su caballo. Luego montó él y agitó una mano. Taloneó al animal y salió a escape, seguido de la muchacha.

Carlota se emparejó con él a los pocos instantes.

—Juan, vamos a la nave, supongo —dijo.

—No. Antes de volver a ella, quiero que me guíes a las ruinas de la ciudad que emitió los mensajes a la Tierra, hace ciento veinte mil años. A tu padre le gustaría tener informes sobre el particular.

—Está en dirección Sudoeste, a tres jornadas —indicó Carlota.

—¿Hablas en serio?

—Claro…

Juan sonrió.

—Entonces, nuestra psiconave está mucho más cerca y eso me permitirá reponer el armamento —exclamó alegremente.

CAPITULO VIII

Avanzaban en completo silencio. Juan llevaba el segundo rifle preparado, con el dedo sobre el gatillo. El lugar abrumaba por la soledad. Aquellas ruinas...

Mil doscientos siglos antes había existido allí una civilización floreciente. En Okyx había habido una Edad de Oro, pero ya había desaparecido y los actuales habitantes eran bárbaros salvajes, que ni siquiera conocían lo más elemental de la pólvora. Juan se sintió profundamente entristecido al contemplar aquella sucesión de ruinas, en las que difícilmente se podían vislumbrar las estructuras de lo que habían sido orgullosos edificios, acaso de espejantes mármoles, con maderas nobles en sus ornamentos interiores. La arena y el polvo en muchos sitios, y la vegetación en otros, apenas si permitían ver algunas que otras piedras, muchas de las cuales estaban en confusos montones, que no permitían adivinar de qué construcción habían formado parte.

En aquel lugar, dedujo, debía de haber existido una especie de ciudad científica, situada en la ladera de una loma de forma alargada y de suave pendiente. Aún se veían parte de las estructuras de la serie de antenas qué habían compuesto un colosal radiotelescopio, cuya longitud, a juzgar por los restos que tenía a la vista, podía evaluarse en no inferior a los veinte kilómetros. Aún quedaban un par de torres, de casi doscientos metros de altura, pero, pese a la bondad del metal, la estructura se había derrumbado en su casi totalidad. Viguetas y rejillas estaban cubiertas en su mayor parte por la vegetación. Juan se preguntó dónde podría estar situada la estación de control.

—¿Qué es lo que causó la ruina de esta civilización? —exclamó maquinalmente en voz alta.

—Posiblemente, no llegaremos a saberlo jamás —respondió Carlota, que no dejaba de manejar la cámara fotográfica de que se había provisto en la nave—. Ciento veinte mil años, son muchos años para que quede memoria de lo ocurrido en los actuales habitantes. Si nosotros, con nuestra civilización, no conocemos tampoco pasajes de la historia antigua de nuestro planeta, ¿cómo esperar que la gente de Kelina o de Tihor puedan saber lo que sucedió aquí hace mil doscientos siglos?

Era un razonamiento muy lleno de lógica, asintió Juan. De repente, llegaron ante la fachada de un edificio, que se conservaba relativamente bien, incluso limpio de vegetación.

—Mira, una puerta —exclamó Carlota.

El edificio era de grandes sillares de piedra y en el frontispicio

había una larga estela, adornada con dibujos en bajorrelieve. Carlota empezó a tirar placas de aquellos grabados, que representaban escenas de la vida cotidiana de las gentes que había vivido en Okyx ciento veinte mil años antes. De repente, Juan oyó ruido en el interior del edificio y aprestó el fusil hacia la puerta.

—Atrás, Carlota —ordenó.

La muchacha obedeció en el acto. Juan permaneció en la misma postura. El ruido se repitió. Parecían pasos de una persona, pero caminando con dificultad...

Súbitamente, un hombre muy anciano apareció ante los ojos de la pareja. Vestía una larga túnica, gastada y deshilachada en algunos puntos, y se apoyaba en un rústico bastón de madera. El pelo era larguísimo, blanco, lo mismo que la barba, que le llegaba a la cintura.

El viejo contempló unos instantes a los visitantes que tenía frente a sí. Juan y Carlota se habían cambiado de ropa en la psiconave y ahora llevaban una indumentaria completamente nueva.

—Estoy por asegurar que habéis llegado aquí, en respuesta a la llamada que hicimos hace ciento veinte mil años —dijo el anciano.

* * *

Sobrevino un instante de silencio. Juan se negaba a dar crédito a lo que escuchaban sus oídos. No, no era posible que una persona pudiera vivir mil doscientos siglos... Carlota no se sentía menos estupefacta.

El anciano sonrió.

—Sí, es cierto, y yo formaba parte del equipo que construyó el radiotelescopio y envió mensajes a distintos puntos de la galaxia —añadió tranquilamente—. Queríamos entablar contacto con otros planetas, habitados por seres inteligentes...

—Sus mensajes fueron captados hace pocos años en nuestro planeta, señor —dijo Juan—. No nos fue posible construir antes una nave capaz de llegar hasta aquí en un plazo muy corto de tiempo... Perdón, no nos hemos presentado. Me llamo Juan Byden. Ella es Carlota Ravenstock.

—Yo soy Japhanor —dijo el anciano—. Pero, entrad, no os quedéis fuera.

Japhanor dio media vuelta y se adentró en el edificio, caminando con gran lentitud. El suelo estaba cubierto de polvo, escombros y hierbas. Juan se preguntó cómo era posible que un hombre tan viejo pudiera vivir en un lugar tan poco acogedor, pero, sobre todo, lo que más le intrigaba era el sorprendente hecho de que Japhanor hubiera podido alcanzar una edad tan grande como no había conocido jamás a nadie en sus mismas condiciones.

Después de atravesar un sombrío vestíbulo, Japhanor les

condujo a una espaciosa sala, en la que se veían media docena de ataúdes de grandes dimensiones. En el lado opuesto, había una cama, una mesa y una silla. Era todo el mobiliario de la pieza.

La tapa de los ataúdes era de cristal, semicilíndrica. Juan observó que todos estaban vacíos.

—Soy el último superviviente de mi mundo —dijo Japhanor, a la vez que se sentaba en la silla—. Cuando nuestra civilización llegó a su término, media docena de científicos, decidimos hacer todos los posibles por sobrevivir y aguardar la respuesta a nuestros mensajes.

Erarnos tres parejas, hombres y mujeres... —La voz de Japhanor se quebró de pronto—. Mi esposa y yo sobrevivimos a los demás. Ella murió hace unos cinco mil años y yo me quedé solo.

Juan se sentía espantado. Japhanor hablaba completamente en serio. No cabía la menor sombra de burla en sus palabras.

—Esos féretros —siguió el anciano—, nos conservaron en suspensión animada, durante miles de años. De cuando en cuando, despertábamos y explorábamos las inmediaciones de nuestra ciudad. Nunca venía nadie... y la catástrofe había sido tan grande, que apenas si quedaban algunos grupos de gentes completamente bárbaras. Intentamos civilizarlas, pero ellos dieron muerte a una de las parejas y desistimos de nuestro empeño. Habían regresado a un estado de completo salvajismo y era preciso que se civilizasen por sí solos, mediante el paso de los siglos.

Luego, los otros fueron muriendo sucesivamente. En parte, por la edad y en parte porque se sentían muy deprimidos. Habíamos tomado una decisión que no conducía a nada positivo y ello influyó en su decaimiento. Mi esposa y yo, sin embargo, supimos ser fuertes..., pero, inexorablemente, a ella le llegó también su hora y yo quedé solo.

Los cansados ojos de Japhanor contemplaron a la pareja que tenía frente a sí.

—Ya no viviré mucho tiempo más, pero ha valido la pena —añadió.

Juan se sentía terriblemente impresionado por el relato del anciano.

—Deseo pedirle que me explique una cosa, Japhanor —dijo—. ¿Cómo ha conseguido sobrevivir nada menos que ciento veinte mil años?

Japhanor señaló uno de los ataúdes.

—Eso es lo que me ha permitido llegar a esta edad tan avanzada —respondió—. Tienen todos los mecanismos necesarios para mantener el cuerpo humano en estado de suspensión animada, proporcionándole, además, la escasa cantidad de alimento necesaria en tales condiciones, a fin de mantener las constantes vitales. Los ataúdes disponen, asimismo, de mecanismos de control de tiempo

automático, que me despiertan en la época programada al entregarme al descanso. Mi último período de suspensión animada ha durado, como he dicho antes, cinco mil años. Se me han pasado en un soplo —añadió, con suave risita.

—Es decir, se echaba a dormir y, de cuando en cuando, despertaba —terció Carlota.

—Sí. Después de enterrar a mi esposa, decidí tomarme otro periodo de descanso, si se puede darle ese nombre. Desperté hace poco más de un año y, desde entonces, he estado aguardando a que alguien viniera a visitarme. Yo sabía que había llegado una nave, pero sus tripulantes desaparecieron misteriosamente…

—La primera nave sólo tenía un tripulante: yo —dijo la muchacha—. Pero me hicieron prisionera en seguida. Me escapé y encontré la nave, aunque no pude hacerla funcionar…

—Lo siento, fue culpa mía —dijo Japhanor—. Yo quería hablar con los viajeros de otro mundo y por ello interferí los mecanismos de energía de esa nave. —El anciano sonrió—. Una de las torres que hay en el exterior es un emisor de energía radiante… y los generadores que construimos hace mil doscientos siglos, continúan funcionando a la perfección.

Carlota apretó los labios. Por culpa de aquel viejo, había estado a punto de… Pero pensó que los reproches no servirían de nada y decidió no expresar en voz alta sus quejas.

—Luego capté la llegada de una segunda astronave —dijo Japhanor—. Pero entre los instrumentos y herramientas que se han conservado desde entonces, no figura ningún vehículo, ni aéreo ni terrestre. Mis piernas, como podéis comprender, tampoco están para largas caminatas. Obviamente, tuve que resignarme a esperar que alguien viniera aquí, atraído por la curiosidad que re presentan estas ruinas. ¡Tenía tantos deseos de conocer la respuesta a nuestros mensajes!

—Estamos aquí y satisfaremos con mucho gusto su curiosidad —dijo Juan.

Japhanor hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Os traeré de comer —sonrió.

* * *

El día se les pasó sin sentirlo, charlando continuamente y explicándose de modo recíproco los logros conseguidos por dos civilizaciones separadas por ciento veinte mil años en el tiempo. Japhanor se sintió muy admirado al saber que las naves procedentes de la Tierra eran movidas por energía mental.

—A nosotros no se nos ocurrió. A duras penas habíamos conseguido salir de nuestro sistema planetario y los viajes resultaban

larguísimos, inacabables. Luego, sobrevino la catástrofe...

—¿Qué sucedió? —quiso saber Carlota.

—Una epidemia. Nuestro planeta atravesó una inesperada tempestad cósmica, y la capa atmosférica protectora desapareció casi por completo. En el transcurso de unas pocas semanas, murieron miles de millones de seres humanos. Sólo se salvaron unos trogloditas, que vivían en simas situadas a muchos cientos de metros de profundidad, en donde el oxígeno, si bien se redujo considerablemente, no llegó a faltarles, lo que les permitió resistir la enfermedad provocada por aquella tempestad cósmica. Supongo que, más adelante, los trogloditas se atreverían a surgir de sus cavernas...

—Sus actuales descendientes no han progresado demasiado —comentó Juan—. Pero, dígame, Japhanor, cuando usted decide volver al estado de suspensión animada, ¿no teme la posible incursión de alguno de esos salvajes?

—Oh, no —contestó el anciano—. Me protejo de una forma que me hace invulnerable por completo a cualquier ataque. ¡Mirad!

Japhanor movió una mano. Del techo descendió silenciosamente una gruesa persiana de metal, que cubrió por completo la entrada.

—Detrás de esa puerta, puedo dormir tranquilamente todo el tiempo que desee —añadió.

Hizo otro gesto y la puerta ascendió sin el menor ruido. Juan sentía curiosidad por conocer cierto detalle, pero no sabía cómo afrontar la pregunta.

Japhanor sonrió.

—Sé lo que piensas, muchacho —dijo—. No sé cuánto viviré... Ahora estoy solo...

—Puede venirse con nosotros —exclamó Carlota impulsivamente—. Nos agradaría...

El anciano hizo un gesto negativo.

—Tengo ya demasiados años —dijo—. Mi edad orgánica es de unos doscientos veinte años..., pero en realidad, han transcurrido ya ciento veinte mil desde mi nacimiento... Bueno, la cifra no es exacta; cuando se inició el lanzamiento de mensajes, con el radiotelescopio, yo tenía cuarenta y seis años... Después, acordamos esperar, mediante el procedimiento de suspensión animada... En distintas épocas, he estado despierto unos ciento setenta y cinco años... Ya no podría ir a ninguna parte. Prefiero quedarme aquí y descansar junto a mi esposa, junto a mis compañeros...

Carlota se sentía hondamente conmovida.

—Si algo podemos hacer en su favor —dijo.

—Gracias, ya habéis hecho bastante. Os iréis mañana, supongo.

—Sí. Es hora ya de que regresemos a nuestro planeta —contestó Juan.

—Podéis dormir aquí; nadie os molestará —dijo Japhanor.

Juan se levantó.

—Saldré para recoger los caballos —anunció.

* * *

Todavía charlaron un buen rato a la mañana siguiente. Cerca del mediodía, se iniciaron las despedidas.

—Ahora —sonrió Japhanor—, volveré a mi féretro. Quizá no despierte ya.

—¿Es que tiene la intención de no conectar los mecanismos? —se alarmó la muchacha.

—Oh, no..., pero ya soy muy viejo. Puedo morir antes de que los mecanismos actúen para despertarme de nuevo. Y tampoco quiero seguir en esta situación; cada vez me encuentro más debilitado y no me gustaría un día caer por tierra y morir de mala manera. Al menos, en el féretro, me dormiré apaciblemente...

Juan hizo un gesto de aprobación. La decisión de Japhanor no podía ser más acertada.

De pronto, cuando ya se dirigían hacia la salida, Japhanor hizo un ademán.

—Esperad, por favor.

El anciano volvió al interior, para regresar unos minutos más tarde, con un objeto en la mano, que tendió a la muchacha.

—Llévalo, como recuerdo —dijo.

Carlota, arrobada y estupefacta a un tiempo, contempló aquel pesado collar, de grandes chapas de oro, ricamente labradas y de forma rectangular, aunque con las esquinas redondeadas, cada una de aquellas chapas medía cuatro centímetros de largo, por tres de ancho y medio de grueso, y, además, estaban adornadas con numerosas piedras preciosas.

—Pero... esto... es demasiado...

Intentó rechazar el obsequio y Japhanor insistió:

—Llévalo —dijo—. Era de mi esposa y ella aprobaría mi decisión si estuviera presente.

Carlota sentía deseos de echarse a llorar. De repente, con gesto impulsivo, se acercó al anciano y depositó un beso en su apergaminada mejilla.

—Nunca le olvidaré —gimoteó.

Japhanor sonrió suavemente.

—Os deseo un feliz viaje de regreso —dijo.

Juan estaba a unos pasos y se acercó para estrechar la mano del anciano. De pronto, vio que la sonrisa de Japhanor se trocaba en una mueca de dolor.

En el mismo instante, oyó un siniestro silbido y vio aparecer en



el pecho del anciano el palito emplumado de una saeta.

CAPITULO IX

Juan no perdió tiempo en socorrer a un hombre al que ya podía dar por muerto. Giró en redondo y levantó el rifle.

Media docena de jinetes corrían hacia él. Juan apretó el gatillo en rápida sucesión, a la vez que movía el arma en abanico. Hirviendo de furia, tiró a matar. Se oyeron chillidos de dolor y relinchos de los animales alcanzados por los proyectiles. Carlota, aterrada, se había echado al suelo, esquivando así la siguiente salva de saetas.

Agotado el primer cargador, Juan puso uno nuevo y disparó otra descarga. Un nuevo jinete llegaba en aquel momento y su caballo resultó alcanzado, arrojándolo por tierra. Los otros atacantes se revolcaban por el suelo, chillando frenéticamente. Juan hizo un par de disparos más y luego apuntó al último llegado, que empezaba a ponerse en pie en aquellos momentos, aunque se le veía aturdido por la caída.

De pronto, lo reconoció. No era un hombre, como había pensado, sino una mujer. Sin preguntarse siquiera qué podía hacer Kelina en aquellos parajes, corrió hacia ella y. antes de que pudiera utilizar el machete que había sacado de su vaina, golpeó su mano con la culata del arma, haciendo que el acero volase por los aires. Luego, todavía hirviendo de furor por lo ocurrido, golpeó su estómago con la culata, haciéndola caer sentada, casi sin conocimiento.

—¡Perra! —gritó, completamente fuera de sí—. Debería matarte...

En aquel momento, se oyó la voz de la muchacha:

—¡Japhanor ha muerto, Juan!

Las manos del joven se crisparon convulsivamente en torno al rifle. Kelina le miró y sintió auténtico terror durante unos momentos.

—Piedad, no me mates...

—Levántate —ordenó él.

Kelina hizo un esfuerzo y se puso en pie, frotándose el estómago dolorido.

—¿Han venido más guerreros contigo? —preguntó Juan.

—No, sólo los que ves... Se me adelantaron... Usaron sus ballestas sin mi permiso...

—Usaron sus ballestas, porque les habéis enseñado que todo ser humano que no pertenece a vuestro territorio es forzosamente enemigo. Pero no todos son tihorianos, Kelina.

—Lo siento infinito. Nosotros buscábamos a Erdha y a su patrulla...

—Han muerto. Todos. Erdha, la primera. Tres consiguieron

sobrevivir, sólo para acabar en el vientre del toro de fuego de Tihor.

—Tú estás vivo, sin embargo —dijo Kelina, recelosa.

—Sí, pude escapar con esa mujer...

—Sin cumplir la misión que te había encomendado

—Puedes estar tranquila —contestó Juan—. No te he traído la cabeza de Tihor, pero te garantizo que está muerto. Probablemente, haya ahora una revolución en aquel territorio, pero eso no me importa en absoluto.

Miró los cuerpos desparramados por el suelo. Sólo uno de los jinetes estaba levemente herido. Los demás habían muerto. Un par de caballos relinchaban lastimosamente y Juan acabó con sus sufrimientos de sendos disparos.

—Vete, Kelina —dijo luego—. Tú y yo no tenemos ya nada que ver.

Kelina irguió orgullosamente el torso.

—Ese brujo de las ruinas...

—Era un hombre sabio y bueno. No os había hecho ningún mal.

—Lo siento —contestó ella fríamente—. Tú y esa mujer vinisteis de un mundo muy lejano, creo.

—Sí.

—Será mejor que os vayáis cuanto antes. Me has hecho un gran favor, matando a Tihor, pero podría olvidarlo si te obstinaras en permanecer aquí demasiado tiempo.

—Kelina, debes saber que si maté a Tihor fue por razones muy distintas a las que alegas. En primer lugar, debíamos salvarnos la muchacha y yo. Luego, pensaba en las muertes, después de pasar una semana en el lecho de aquel canalla...

—Tendrás tus propios motivos, pero, para mí, los resultados son los que cuentan.

Juan movió la mano.

—Sí, cuando vuelvas a tu ciudad, cuéntaselo a las madres o a las viudas de esos hombres, a los que he tenido que matar, para sobrevivir. Diles que lo sientes mucho... y ojalá haya en tu país una revolución que te cueste la cabeza.

Kelina se sentía estupefacta.

—Nadie, nunca, jamás... me había hablado así, antes de ahora...

—Era el momento de que alguien te dijera unas cuantas verdades. Pero si no quieres escucharlas, eso ya no es cuenta mía. Anda, lárgate ya de una vez; tu sola presencia aquí, me da náuseas.

Kelina apretó los labios. Fue a decir algo, pero se contuvo oportunamente y giró sobre sus talones.

—Vámonos —ordenó al superviviente.

Momentos después, Juan y Carlota volvían a quedarse solos. Juan se acercó lentamente a Japhanor, que parecía dormir

apaciblemente.

—Hemos de enterrarlo —murmuró—. Ignoro las ceremonias fúnebres que se celebraban aquí... pero, imagino, que Dios está en todo el Universo y cualquier oración que recemos, será bien acogida. ¿Tienes algo que objetar, Carlota?

La muchacha hizo un movimiento con la cabeza.

—Has hablado como yo deseaba oírte —contestó.

De pronto, Juan concibió una idea.

Empezó a buscar por los alrededores. No tardó en encontrar, en un lugar relativamente despejado de vegetación, cinco losas funerarias. Japhanor, pensó, se había ocupado de conservar aquel pequeño cementerio en el mejor estado posible.

Pero no había una losa para su sepultura, se dijo tristemente. Y no le gustaba dejar el cuerpo de Japhanor cubierto solamente con una capa de tierra. Tal vez había alimañas necrófagas...

De pronto, se volvió hacia la muchacha.

—Carlota, tú has estado aquí un año —dijo—. ¿Conoces los signos del idioma de Okyx?

Ella vaciló un momento.

—Los actuales son muy diferentes de los primitivos —contestó al cabo—. No obstante, conservan ciertas analogías...

—Mira a ver si consigues localizar la tumba de la mujer de Japhanor —indicó él—. Mientras, yo buscaré algo para levantar la losa.

—De acuerdo, Juan.

El joven se alejó en busca de trozos de vigas metálicas. Cuando volvió con una que medía tres o cuatro metros de largo, miró a Carlota y sonrió.

—Podemos permitirnos el lujo de retrasar el viaje unas horas, creo —dijo.

—Sí, ciertamente —convino ella.

Sesenta minutos más tarde, había montado una especie de cabria, por medio de la cual y con la ayuda de algunas cuerdas halladas en la residencia de Japhanor, consiguieron levantar la losa, bajo la cual yacía su esposa. Juan se sentía terriblemente emocionado, al pensar que en aquella sepultura estaban los restos de una mujer muerta cinco mil años antes.

La sorpresa de los dos jóvenes fue enorme al ver que sólo había algunos montoncitos de polvo grisáceo. Juan meneó la cabeza.

—Era demasiado pedir. Japhanor no embalsamó a su esposa —dijo—. Quizá no lo consideró necesario...

—O no era la costumbre de su época —apuntó Carlota.

El cadáver de Japhanor fue bajado a la sepultura. Juan le cruzó los brazos sobre el pecho. Si Japhanor les veía desde el más allá, se

sentiría satisfecho al saber que descansaba sobre los escasos restos que habían quedado de la que en tiempo fue su mujer.

Al terminar, hizo descender la losa y cuidó de que no quedara el menor intersticio por el que pudieran colarse animales carroñeros; Luego se retiró unos pasos e inclinó reverentemente la cabeza, musitando una oración por el alma de un hombre que había enviado un mensaje mil doscientos siglos antes y que había vivido lo suficiente para esperar la respuesta a una llamada dirigida al fondo de la galaxia.

Al cabo de un rato, levantó la cabeza y miró a Carlota. La muchacha tenía los ojos húmedos. El collar que le había dado Japhanor lucía centelleantemente sobre su pecho.

—Vamos —dijo.

—Sí; Juan.

Los caballos estaban cerca. Montaron y, antes de emprender la marcha, se volvieron un instante para contemplar por última vez aquel panorama.

—Las hierbas crecerán y dentro de pocos años, ya no quedará el menor rastro de una antiquísima civilización —dijo Carlota.

—Salvo dos cosas: tus fotografías y el collar.

—No es mucho, pero... —ella suspiró—. Supongo que es el destino de todas las civilizaciones: nacer, crecer, desarrollarse, alcanzar un período de máximo esplendor, decaer... y acabar cubiertas por la arena o las hierbas. Tal vez, dentro de algunos miles de años, suceda lo mismo en nuestro planeta.

—En tal caso, no lo veremos nosotros —dijo Juan, un tanto cínicamente—. Anda, vamos ya.

Dos días más tarde, llegaban a la nave. Juan se apeó, acercándose a la compuerta. Presionó la tecla de apertura y la compuerta giró en el acto.

Carlota exhaló un suspiro de alivio.

—Menos mal... Juan, mi nave se queda aquí, abandonada —dijo.

—Bah, lo paga el gobierno —rió él—. Hay otra cosa que me preocupa más

—¿Sí?

—Los otros dos ayudantes de tu padre. ¿De verdad no has sabido nada de ellos?

—No. He preguntado a infinidad de gentes... Ninguno supo contestar a mis preguntas. Nadie los ha visto.

—Se habrán perdido —murmuró él pensativamente.

—O tal vez, por ser los primeros prototipos de psiconaves, se habían desintegrado en el espacio, convirtiéndose en polvillo cósmico. Dos hombres valerosos, víctimas de su dedicación a la ciencia. Algún día habría que levantarles un monumento.

—Arriba, Carlota.

* * *

Cuando llegaron a la psiconave, atardecía ya. Juan juzgó más conveniente emprender el viaje de vuelta a la mañana siguiente. Después de cenar, se entregó a la tarea de revisar los instrumentos, ayudado por la muchacha. Cuando terminaron, eran ya las doce.

—Hay algo que todavía no he acabado de comprender del todo, Juan —dijo la muchacha, cuando ya se disponían a irse a la cama—. Aunque quizá tú tampoco lo sepas...

—Si me lo dices, quizá pueda responderte —sonrió él—. ¿De qué se trata?

—Mi padre te eligió a ti, pero, sin ánimo de ofenderte, podía haber elegido a otro condenado. Tú no tienes conocimientos especiales de astronomía; en realidad, eras un ilusionista.

—Y un buen prestidigitador —añadió Juan—. Pero no olvides que buena parte de mi trabajo se basaba en la sugestión.

—Hipnotizabas al público.

—Era algo de lo que no abusaba. El hipnotismo exige una concentración mental muy fuerte y quedaba luego muy agotado. Claro que tenía que luchar contra cerebros mucho más complicados que los personajes de la corte de Tihor. Aquí me resultó más fácil, como has podido comprobar.

—Sí, pero eso no responde a mi pregunta...

—Ahora ya sé que tu padre me eligió, porque sabía que mi capacidad mental era muy superior a la de un hombre normal. Había tenido ya tres fracasos y quería asegurar el éxito de la cuarta tentativa.

—De todos modos, mi nave no funcionó debido al interferidor de Japhanor —alegó Carlota—. Y... no me gusta tener que abandonarla...

—Muchacha, «esta» nave sí funciona y no quiero que suceda algo que pueda dañarte —dijo Juan con acento enérgico—. Por tanto, olvida la tuya y prepárate para emprender el viaje mañana, apenas amanezca. Si salimos hacia las seis, a las ocho o las nueve, podemos estar en casita.

Carlota sonrió.

—Ya tengo ganas de abrazar a mi padre —dijo—. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Carlota.

Antes de que saliera el sol, Juan estaba ya en pie. Preparó un poco de café y, después de tomar un par de tazas, se acomodó en el asiento del piloto. Había otro al lado y lo ocupó la muchacha. Inmediatamente, dieron comienzo las operaciones que ya habían

realizado antes una vez cada uno.

Carlota, sin embargo, no llevaba casco, por lo que podía contemplar el paisaje a través de las vidrieras de proa. El sol acababa de salir y alumbraba un hermoso panorama de campos llenos de verdor. A lo lejos, se divisaban algunas cumbres nevadas.

De súbito, aquel hermoso paisaje desapareció de su vista.

* * *

Apenas unos segundos después, vio la Tierra, envuelta en nubes blancas. Carlota se soltó el arnés y aguardó a que los aparatos automáticos hicieran lo mismo con el de Juan. El joven tardó algunos segundos en reaccionar.

—Es un trabajo agotador —se quejó—. ¿He apuntado bien?

—Sí —palmoteo ella alborozadamente—. Mírala qué hermosa es… La Tierra, nuestro planeta…

—Carlota, por favor, tráeme un poco de café —pidió él—. Me sentará mucho mejor si le añades algunas gotas de coñac.

—Ahora mismo, Juan —contestó la muchacha, levantándose con presteza.

El piloto automático guiaba a la nave en el descenso. Una hora más tarde, empezaron a orbitar en torno a la Tierra. Cada vuelta era más corta. Pronto sintieron la fricción de la atmósfera en el casco de la nave.

Carlota contemplaba el planeta, mediante el telescopio conectado a una gran pantalla de televisión. De pronto, hizo un gesto de extrañeza.

—¡Qué raro! —preguntó.

—¿Sucede algo? —preguntó Juan.

—Algo pasa allá abajo —dijo la muchacha, sumamente preocupada—. No veo rastro de ciudades… ¿Estás seguro de que «eso» es la Tierra?

Juan consultó los instrumentos.

—Absolutamente seguro —respondió—. Mira, allí, a tu izquierda, tienes la Luna. Desde aquí, la vemos en fase de creciente, casi llena… Es una imagen familiar, me parece.

—Sí, es verdad —admitió Carlota—. Pero, no comprendo qué ha podido suceder. Juan, ¿me permites?

—¿Qué quieres hacer?

—La nave puede volar todavía durante muchas horas. Voy a desconectar el piloto automático y la gobernaré manualmente. Antes de aterrizar, quiero explorar ciertas zonas del planeta.

—Está bien.

Juan se levantó y fijó la vista en la pantalla. Ante sus ojos, estaba Europa. Debía ver ciudades… pero no había el menor rastro de

edificaciones.

Un poco más adelante, sobrevolaron el Oriente Medio. Tampoco allí se divisaba el menor rastro de centros habitados. En la India, Calcuta y las grandes poblaciones, habían desaparecido también… y lo mismo sucedía con la costa oriental de China. Hong-Kong, Pekín, Shanghái… Ya no existían aquellas urbes colosales… De Honolulú, en las Hawái, no quedaba el menor rastro… Estados Unidos era un subcontinente absolutamente desierto…

—Dios mío, ¿qué ha sucedido aquí? —exclamó Carlota, abrumada.

El desconcierto de Juan no era menor. La Tierra parecía asolada por una catástrofe sin precedentes, que había borrado de ella todo signo de vida. ¿Era posible que, en las pocas semanas que había durado su ausencia, hubiesen perecido diez o doce mil millones de seres humanos?

—Lo mejor será bajar a investigar —dijo, tras un prolongado silencio—. Carlota, puesto que ahora gobiernas la nave, procura tomar tierra en el lugar donde está el laboratorio de tu padre.

—¿Está? —dudó ella—. ¿No habrá desaparecido también?

—Las dudas se disiparán cuando pongamos el pie en el suelo —respondió Juan—. ¡Vamos, abajo!

CAPITULO X

Sí, las dudas se disiparon, pero en el peor sentido que podían imaginarse.

Durante largos minutos, abrumados por el horror, contemplaron el enorme bosque de árboles muertos que se extendía ante ellos, miles y miles de columnas desposeídas de su verdor, esqueletos de seres que, en cierto modo, habían tenido vida también y que ahora no eran sino monolitos funerarios para una civilización desaparecida.

Juan, pero sobre todo, Carlota, que había vivido más tiempo en aquellos parajes, recordaba perfectamente el panorama circundante de la residencia de Ravenstock. Había estado emplazada en el centro de un extensísimo bosque de pinos y abetos californianos, y a su derecha podían ver las cumbres blancas de la Sierra Nevada, ofreciendo el aspecto que ellos conocían tan bien y, a lo lejos, en lontananza, la bahía de San Francisco. El error en la llegada quedaba completamente descartado.

Carlota caminó unos pasos, en busca de restos que le permitieran deducir lo sucedido. Hasta el arroyo que pasaba cerca de la residencia de su padre se había secado. El cauce, aunque cegado en gran parte, era visible todavía. Había una pequeña cascada y la falla del terreno que la había originado se veía perfectamente, aunque con claras señales de derrumbamiento, debido al paso de los años.

De pronto, se volvió y golpeó el suelo con el tacón.

—¡Aquí, Juan, aquí! —exclamó, terriblemente excitada—. Aquí estaba el laboratorio de mi padre..., pero ahora no hay el menor rastro...

Juan se acercó lentamente. Sí, él también recordaba algunos detalles. Pero los árboles habían crecido en el lugar donde estuvieron emplazados los edificios que componían la residencia. Y ello sólo significaba una cosa.

—Hubo una catástrofe —murmuró—. Todos los edificios, todas las casas, todas las ciudades, desaparecieron. Crecieron árboles en donde antes vivían los seres humanos y ahora, hasta esos mismos árboles se han secado.

—Juan —exclamó la muchacha—, eso no ha podido ocurrir en un año, que es el tiempo que yo falto. Lo que sucedió aquí, fuese lo que fuese, tuvo que pasar hace muchísimos años, miles de años tal vez...

—Pero eso es imposible. Estamos en el siglo XXIV... y nos hallamos sobre la Tierra. La psiconave no es una máquina del tiempo;

no ha podido llevarnos al futuro... o a una época pretérita del planeta.

—Juan, cuando fuimos a Okyx, nos desplazamos a un lugar situado a ciento veinte mil años luz de distancia —manifestó Carlota —. ¿Sabemos si no retrocedimos en el tiempo durante ese viaje?

—De haber sucedido como dices, al regresar, habríamos ganado el tiempo retrocedido, de modo que ahora estaríamos de nuevo en nuestra época. El viaje fue instantáneo, no podemos haber avanzado ni retrocedido en el tiempo...

Carlota movió la mano en semicírculo.

—Insisto, Juan; esto no ha sucedido en pocas semanas, ni siquiera en las cincuenta y dos que tiene un año. Algo ha ocurrido, aunque ahora no lo comprendemos, y hemos venido a parar a la Tierra, en una época distinta de la nuestra. Por tanto, creo, debemos empezar a investigar cuanto antes. Y buscar el remedio, claro está.

De repente, se oyeron a lo lejos unos extraños sonidos. A Juan se le pusieron los pelos de punta en el acto.

—Parecen rugidos...

—¿Fieras, en un mundo completamente desierto? —se extrañó Carlota.

Los sonidos se repitieron. A lo lejos, entre las columnas de los árboles muertos, vieron unas sombras que se movían velozmente hacia ellos.

—Carlota, a la nave —exclamó el joven—. Es nuestro único refugio.

La muchacha no se hizo de rogar y echó a correr inmediatamente. Juan la siguió, volviéndose de cuando en cuando, a fin de identificar a aquellas fieras hambrientas que, sin duda, habían olido comida en un mundo muy escaso de alimentos.

Antes de entrar en la nave, se volvió una vez más. Casi creyó soñar.

Eran osos, enormes, de un tamaño gigantesco, como nunca había visto. Ninguno de ellos no medía menos de seis metros de altura y sus garras delanteras podían desventrarles con tanta facilidad como él pelaba un plátano. Ya no perdió más tiempo en elucubraciones y saltó dentro de la nave.

—¡Despega, Carlota! —gritó, a la vez que accionaba el mando de cierre de la compuerta.

* * *

La nave se separó unos cuantos metros del suelo, justo cuando la manada de osos gigantes estaba a punto de darles alcance. Carlota maniobró para situarse a cierta distancia y a no demasiada altura, con el fin de estudiar a aquellos carnívoros, que parecían creados por la imaginación de un artista demente.

Había casi medio centenar de osos. Juan se preguntó dónde encontrarían comida. Tal vez se daban casos de canibalismo entre ellos. Pero la existencia de aquellas bestias probaba que también había otros seres vivos, más animales, de distintas especies… y acaso, también, hombres.

Carlota meneó la cabeza, incrédula.

—Juan, estos osos son mutantes… No es el oso de las cavernas, que existía en la época del mamuth y que medía unos tres metros, puesto en pie sobre las patas traseras. El mamuth, el oso de las cavernas y el tigre dientes de sable son, más o menos, contemporáneos. Pero estos que tenemos ante nuestros ojos no son sus antecesores, sino los descendientes de los oso grises y pardos que habitaban en las montañas del Norte y en el Yosemite… y algo ha causado esta mutación y han triplicado casi su tamaño habitual.

—Bueno, al menos, sabemos una cosa —dijo el joven—. Hay animales vivos y si ahora estamos viendo osos, tal vez, más adelante, encontremos otras especies…

La nave se mantenía inmóvil a unos diez metros del suelo, merced a sus generadores antigravedad. Los osos gruñían y se movían constantemente, muy nerviosos. De cuando en cuando, surgían violentas peleas entre dos machos poderosos. Algún osezno salía rebotado cuando se mostraba irrespetuoso; un oso adulto corregía sus desmanes de un poderoso manotazo y el animal rodaba y chillaba frenéticamente, para acabar buscando refugio en el refugio de su madre osa.

De repente, un oso enorme, que casi alcanzaba siete metros de altura y que Carlota juzgó el jefe de la manada, alzó la cabeza, husmeó el aire con fuerza y luego lanzó un gruñido aterrador.

Otros osos contestaron con gruñidos no menos potentes. De súbito, toda la manada se lanzó hacia adelante, moviéndose con una velocidad que igualaba sin dificultad la de un caballo al galope.

—Carlota, síguelos —ordenó Juan.

La muchacha obedeció, haciendo que la velocidad de la nave se equiparase con la de los osos. De pie, junto a una de las lucernas, Juan, con unos prismáticos, buscaba afanosamente la posible presa que había impulsado a la manada de plantígrados a abandonar aquella zona.

De súbito, vio algo que le hizo lanzar una exclamación.

Delante de ellos, a unos quinientos metros de distancia, se veía una figura que corría desesperadamente. Los contornos de la figura indicaban sobradamente la especie a la que pertenecía.

—Carlota, acelera —gritó—. He visto a un hombre y está huyendo de los oso… Un poco a la derecha, así… Así, muy bien. No te desvíes ahora ni un centímetro. Yo iré a la compuerta y le echaré una

escala de cuerda para que pueda salvarse.

La muchacha asintió. Juan fue a la bodega y buscó frenéticamente en el equipo de exploración que le había preparado Ravenstock. Al fin, encontró la escala de cuerda y regresó a la esclusa. Enganchó la escala en un lugar adecuado y luego abrió la compuerta.

Agarrándose a un saliente, asomó medio cuerpo fuera. Los osos estaban ya a cien metros escasos de distancia. Delante de la nave, el hombre corría enloquecido.

—¡Eh! —gritó el joven—. Aquí, aquí...

El hombre volvió la cabeza, justo en el instante en que Juan lanzaba la escala fuera de la nave. El oso jefe pareció presentir que se le escapaba la presa y aceleró violentamente, dejando atrás a todos sus congéneres.

Las manos del hombre asieron el peldaño más bajo de la escala. Juan lanzó un grito en aquel momento:

—¡Arriba, Carlota!

La nave ascendió, justo cuando el gran oso estaba a punto de alcanzar a su presa. Se oyó un atroz bramido de furia. Colgado de la escala con ambas manos, el hombre se movía de un modo alarmante. Juan llegó a temer que le fallaran las fuerzas en un momento tan crítico. Si ello sucedía, su perdición era segura.

Pero Carlota estabilizó la nave, manteniéndola inmóvil. Con grandes esfuerzos, el sujeto consiguió ascender por la escala. Juan le ayudó a entrar en la nave, agarrándolo por un brazo. El hombre, agotado, se desplomó de bruces en el suelo.

—Gracias, amigo —jadeó—. Me ha salvado la vida...

Carlota llegaba corriendo en aquel momento. Vio al hombre y lanzó un grito:

—¡Víctor! —gritó—. ¡Víctor Rotterdam!

El hombre levantó la cabeza. En su rostro sudoroso y fatigado se dibujó un gesto de incredulidad.

—Carlota...

Ella se arrodilló.

—Juan, ayúdame —pidió—. Víctor está agotado. Necesita reponerse.

—Claro —accedió el joven—. Tranquilo, Víctor; estás entre amigos.

Rotterdam movió una mano.

—Yo... ya estoy a salvo... —dijo entrecortadamente—. Me repondré en seguida... Hemos de salvar a Richard; está en una situación muy crítica.

—¿Richard Hawkins? —dijo Carlota—. ¿También está vivo?

—Sí..., pero si no acudimos pronto, caerá del árbol los osos gigantes lo devorarán. Tiene, además, un brazo roto...

—Carlota, ¿cómo es posible que conozcas a estos hombres? —preguntó Juan, lleno de extrañeza.

Ella se volvió.

—Son los dos ayudantes de mi padre, los que hicieron las pruebas antes que nosotros y a los que creíamos perdidos —respondió.

CAPITULO XI

Juan llevó a Rotterdam hasta una de las cámaras y le hizo acostarse. Luego trajo un vaso con café caliente y coñac. El científico bebió ansiosamente.

—Les vi de lejos y decidí acercarme a pedirles ayuda —explicó —. Llevamos casi una semana en aquel árbol, sitiados por los osos, y nuestra situación se hacía cada vez más insoportable. Yo tuve que izar al pobre Richard hasta una rama lo suficientemente alta para no temer nada de los osos salvajes, pero nuestros víveres se han agotado y apenas nos queda ya una cantimplora con un par de litros de agua. Entonces, cuando vimos la nave, acordamos que yo haría una tentativa de acercamiento, aprovechando que los oso parecían haberse cansado de acecharnos. Pero cuando estaba ya a unos quinientos metros, debieron de percibir mi olor...

Rotterdam sonrió de mala gana.

—Después de una semana, en la copa de un secoya muerto, no es extraño que apeste —añadió.

—Rescataremos a Richard, Víctor —aseguró Juan—. Pero, dime, ¿habéis llegado hasta el fondo de la galaxia?

—Llegamos y no encontramos nada. Entonces, al regresar a la Tierra, aparecimos en este paraje muerto. Calculo que tal vez, en alguna parte, queden núcleos humanos, sumidos en la barbarie..., pero no hemos tropezado con ninguno hasta ahora.

Juan pensó en la civilización muerta de Okyx. En la Tierra, se dijo, debía de haber ocurrido algo parecido. Pero, ¿por qué no habían vuelto a la época de la que habían partido?

—Salisteis de la Tierra en fechas distintas y, sin embargo, os encontrasteis aquí...

—Por lo visto, todo el que viaje en una psiconave, acaba inexorablemente en esta época —manifestó Rotterdam—. Ignoro a qué se debe ese incomprensible fenómeno; pero no cabe duda que han transcurrido muchos miles de años, decenas de miles tal vez... y se han producido enormes mutaciones en algunas especies animales. Acaso hubo una guerra nuclear... y ha pasado ya tanto tiempo, que la radiactividad se ha disipado...

—Víctor, ¿vuestras naves están en buenas condiciones?

—Sí, aunque no hemos conseguido que despegasen. Cansados ya de intentarlo, decidimos iniciar una exploración... y nos encontramos con los osos. Al intentar escapar de ellos, Richard se cayó, rompiéndose un brazo. Tuvimos el tiempo justo para trepar a las

ramas altas de uno de los poco secoyas que quedaban ya en la comarca. Un secoya muerto, claro, como todos los demás árboles de la región.

—¿Habéis explorado más regiones de la Tierra?

—No, ya digo que nuestras naves no funcionaban —respondió Rotterdam—. De lo contrario, habríamos intentado… qué sé yo —añadió desanimadamente—. Hay cosas que no podemos comprender y que quizá no lleguemos a comprender en el resto de nuestros días.

—Investigaremos esas posibles averías —prometió Juan—. Aparte de ello, mi psiconave, como ves, funciona perfectamente. Hay sitios de sobra y, con un poco de suerte, podremos volver a la época de la que salimos.

De pronto, sonó la voz de Carlota a través de un sistema interior de megafonía:

—Juan, tengo a la vista el secoya donde está Hawkins.

El joven descolgó un micrófono que había junto a la entrada.

—Sitúate en su vertical. Yo descenderé, para amarrarle una cuerda y ayudarle a subir a la nave.

—Está bien.

Rotterdam abandonó la litera.

—Ya me encuentro un poco mejor —sonrió—. Te ayudaré.

Juan corrió a la esclusa. Una vez abierta la compuerta, miró hacia abajo. Había un hombre tendido en una gruesa rama, casi cincuenta metros más abajo. Juan lanzó un grito:

—¡Animo, Richard; ahora mismo bajo a socorrerte!

Además de la escala, Juan descolgó una soga, que ató a un gancho junto a la compuerta. Luego bajó por la escala hasta las primeras ramas y de aquí, agarrándose al ramaje con las manos, hasta el lugar donde se hallaba Hawkins.

—Bueno, muchacho —dijo sonriendo—. Considérate salvado.

Ató la soga en torno a su pecho, bajo los sobacos, y luego movió la mano. La nave alzó el vuelo suavemente, muy despacio, llevándose a Hawkins, hasta un lugar despejado, en donde lo depositó en el suelo. Luego, Carlota regresó para rescatar a Juan.

Minutos más tarde, Juan y Carlota se afanaban en curar el brazo de Hawkins. Él herido soportó la cura estoicamente. Al terminar, Juan le ofreció una copa:

—Premio al valor —dijo alegremente—. Ahora, descansa y no te preocupes de más; nosotros haremos el resto.

Hawkins, agotado, cerró los ojos. Juan volvió a la cabina.

—Víctor, tienes que llevarnos al lugar donde están vuestras naves. Antes de hacer nada, quiero echarles un vistazo.

—De acuerdo.

* * *

Carlota y Rotterdam aguardaban pacientemente al pie de una de las psiconaves. Juan había examinado ya la otra, pero todavía no había querido emitir ningún dictamen.

De pronto, se hizo visible en la escotilla de acceso.

—No conseguiremos que funcionen —dijo—. Los generadores antigravedad están descargados.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —se asombró Rotterdam—. Nos trajeron sin dificultades...

—Vosotros no estuvisteis en Okyx —dijo Juan.

—No. El planeta al que llegamos estaba completamente desierto.

—¿Recuerdas su posición en el sistema, con respecto a la estrella que es su sol?

—Oh, sí... Estaba muy cerca, yo diría que a unos ochenta o noventa millones de kilómetros de distancia. No se podía permanecer en la cara alumbraba por aquel sol; reinaba una temperatura infernal...

—Los generadores antigravedad suministran también energía para todos los motores auxiliares de la nave —dijo el joven—. Pero están construidos en un planeta que se halla situado de su sol a ciento cincuenta millones de kilómetros, es decir, están afectados, además de por la de la Tierra, por la gravedad del Sol, que tiene un valor específico. Aquel sol es muy parecido al nuestro o no se habría desarrollado una civilización enteramente humana, aunque con aspectos diferentes, más bien en lo que se refiere a idiosincrasia, forma de pensar y demás, que en lo referente a la forma corporal, absolutamente idéntica a la nuestra. Por tanto, la gravedad del sol de aquel sistema afectó a vuestros generadores... y éstos, en el viaje de regreso, consumieron toda su energía. Como sabéis, están alimentados por una micropila nuclear, convenientemente protegida, por supuesto. Los indicadores de combustible están a cero.

—Eso significa que, además de vencer la gravedad de aquel planeta, tuvimos que vencer del sol del sistema.

—Exactamente. Un esfuerzo excesivo para vuestros motores, cosa que no sucedió en el mío, por fortuna, ya que llegué y aterricé en un planeta tipo Tierra, situado de su sol a una distancia análoga a la que hay entre la Tierra y nuestro Sol.

—Es decir, nos movimos en unas condiciones enteramente terrestres —dijo Carlota.

—Así sucedió, en efecto —corroboró el joven.

—Pero ahora falta otro problema por aclarar —exclamó Rotterdam.

—Tú te refieres a nuestra llegada a esta época.

—Sí, eso es.

Juan sonrió.

—Creo que lo tengo resuelto —contestó—. Venid conmigo.

Carlota y Rotterdam le siguieron en el acto. Hawkins, con el brazo entablillado, aguardaba en la esclusa.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó.

—Tu nave y la mía, para la chatarra —contestó Rotterdam.

—Si hay chatarreros aquí —añadió Carlota jovialmente.

—Lo más probable es que haya hombres en un estado de total primitivismo —opinó Juan—. Un día encontrarán esas naves y las adorarán, como ídolos llegados del cielo. Estos bosques se han secado y los árboles caerán y se convertirán en polvo, pero andando el tiempo, volverá a nacer la hierba, el viento traerá semillas... En fin, se iniciarán un nuevo ciclo de vida y la Tierra empezará también una nueva etapa de su civilización. Pero eso ocurrirá dentro de algunos miles de años.

—Juan, estás especulando con algo que no nos interesa demasiado —dijo Carlota, un tanto impertinente—. Ahora tenemos un interés muchísimo mayor en saber qué nos ha sucedido.

—Vamos a la cabina de mando —sonrió el joven.

Carlota y los otros dos le siguieron, devorados por la curiosidad. Juan se situó ante el cuadro de mandos y señaló una de las esferas indicadoras.

—Tu padre no la puso ahí por adorno —dijo—. Pero, la verdad es que, en lo que a mí se refiere, no he hecho caso de sus indicaciones. ¿Cómo podía fijarme en sus cifras, si viajaba en una nave que se movía con la velocidad del pensamiento?

»Bueno, la realidad es que ese movimiento no es tan absolutamente instantáneo como el pensamiento. Pero el pensamiento es algo inmaterial y puede llegar en cualquier momento, a cualquier parte... Ahora mismo, yo estoy pensando en la nebulosa de Andrómeda, a dos millones de años luz... y ya estoy allí. Pero si tuviera que viajar con la psiconave, tendría que mover al mismo tiempo algo que sí tiene materia y esto implica un leve retraso, que puede oscilar entre los sesenta y los ciento veinte segundos. Puesto que se desarrollan unas velocidades que podríamos calcular de mil años luz por segundo, ¿quién se fija entonces en el reloj calendario que señala las fechas con toda exactitud?

Carlota oyó aquellas palabras y lanzó una exclamación. Inclinóse hacia adelante y leyó:

—Hoy estamos a dos de junio del año doscientos cuarenta y dos mil trescientos cincuenta y cuatro.

—Exactamente. Nosotros salimos de la Tierra el año dos mil trescientos cincuenta y cuatro. Fuimos a Okyx, a ciento veinte mil

años luz, y volvimos atrás otros ciento veinte mil años. Por tanto, nos hemos desplazado en el futuro casi un cuarto de millón de años.

—Eso significa que no podremos volver a nuestra época —exclamó Rotterdam desatentadamente.

—Es posible que sí, es posible que regresemos a la fecha en que partimos, con el paso lógico del tiempo transcurrido fuera de la Tierra, me refiero al tiempo normal que vivimos. Pero no lo sabremos si no hacemos el experimento que, creo, nos sacará definitivamente de dudas.

—¿Qué experimento? —preguntó la muchacha.

Juan extendió un brazo.

—Por favor, todos a sus puestos —exclamó alegremente—. Vamos a despegar.

Las cámaras de alojamiento disponían también de arneses protectores para posibles pasajeros. Después de que Rotterdam y Hawkins quedaran acomodados en sus respectivos lugares, Juan y Carlota se situaron en los asientos de la cabina de mando.

Antes de iniciar las operaciones de despegue, Juan estudió minuciosamente la carta estelar. Al cabo de unos minutos, empezó a manejar los controles.

La nave abandonó el planeta. Una vez a distancia suficiente, Juan hizo funcionar el psicomotor.

De repente, la cabina quedó inundada por un gran resplandor. Carlota abrió los ojos y miró asombrada a su alrededor.

Juan se quitaba en aquel momento el casco del psicomotor. Sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—Hemos llegado —dijo.

La Tierra estaba frente a ellos, blanca y azul, resplandeciente, hermosa, acogedora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carlota.

Él se echó a reír.

—De nuevo has incurrido en el mismo pecado —respondió—. Mira el reloj calendario, por favor.

Carlota hizo lo que le decían. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. Luego recitó:

Veintitrés de julio de dos mil trescientos cincuenta y cinco.

—Exacto, un año y pico después de tu partida y unas seis o siete semanas después de la mía. Ahora, cuando descendamos, verás el bosque intacto y el arroyo corriendo por su cauce…

Hawkins y Rotterdam llegaron a la cabina en aquel momento.

—Presiento que hemos llegado en la época correcta —dijo el primero.

—¿Es cierto, Juan? —inquirió Rotterdam.

—Sí. Aterrizaremos antes de dos horas. Ravenstock, supongo,

nos tendrá preparada una botella de champaña para celebrar el regreso.

—Pero... ¿cómo hemos podido volver a la época adecuada, Juan? —quiso saber la muchacha.

El joven meneó la cabeza.

—Quizá no lo lleguemos a saber nunca con exactitud. Tal vez éste sea un problema, cuya solución quede para nuestros descendientes, con mayores conocimientos de causa. Yo, lo único que sé decir es lo siguiente: Si al viajar hacia Okyx, y regresar, naturalmente, recorrimos doscientos cuarenta mil años en el futuro, lo lógico era que, realizando un viaje en dirección diametralmente opuesta, recorriésemos una distancia temporal análoga, pero en sentido contrario, es decir, hacia el pasado de aquella época en que hay osos de seis metros de altura. Nuestros nietos, seguramente, podrán explicar esta paradoja temporal. En lo que a mí se refiere, no necesito explicaciones: he vuelto a la Tierra, en mi época, y eso es suficiente.

Carlota hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es suficiente —convino. Durante unos momentos, pensó en todo lo que había visto durante su estancia en Okyx; recordó a Tihor, a Kelina, a Zuthor, a Erdha... y también pensó en Japhanor, el hombre que había esperado durante ciento veinte mil años, la respuesta a un mensaje.

—Seguiremos perfeccionando las psiconaves —dijo Rotterdam, entusiasmado.

—Viajaremos hasta los confines de la galaxia —exclamó Hawkins con no menor ardor—. Ahora ya sabemos cómo vencer al tiempo y al espacio...

—Yo paso —dijo Juan—. Me quedo; que nadie cuente conmigo para otro viaje de esta naturaleza.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Y tú, Carlota?

Ella jugueteó un momento con el collar que pendía de su garganta.

—No, creo que tampoco volveré a viajar en una psiconave. Pero eso sólo el tiempo podrá decirlo con seguridad.

—Si de mí dependiese, no volverías a poner los pies en uno de estos trastos —refunfuñó el joven.

Carlota se echó a reír.

—Eso quiere decir que si tuvieras autoridad sobre mí, me lo prohibirías —exclamó alegremente.

—Por supuesto.

—Bueno..., consideraré muy seriamente si debo someterme o no a tu autoridad. Pero tienes que pedírmelo...

Rotterdam y Hawkins cambiaron una mirada de inteligencia. Luego, en silencio, abandonaron la cabina, dejando solos a la pareja.

—Por supuesto, al término de la primera semana después de la boda, no te cortaría el cuello —dijo Juan.

—¿Qué harías? —preguntó ella.

—¡Empezar otra semana... y otra y otra...; y así, hasta el fin de nuestros días!

—En verdad, es una perspectiva que no me desagrada del todo —dijo la muchacha—. Llegaremos hoy, a media tarde... Mañana podríamos casarnos y empezar esa ilimitada serie de semanas...

Juan asintió, mientras contemplaba el resplandeciente globo blanco y azul hacia el que se acercaban rápidamente. El viaje al fondo de la galaxia, pensó, había terminado.

F I N